

16

751



# CäuCes

REVISTA Ayuntamiento de Madrid LITERARIA



## ÍNDICE

LOS MEJORES CON NOSOTROS.	
ENTRADA EN ROMA . . . . .	ADRIANO DEL VALLE.
LEY DE PRENSA . . . . .	ALEJANDRO ECHAIDE.
EN HONOR DE LA PRIMAVERA Y DEL MARQUÉS DE BRADOMIN .	PEDRO MONTERO GALVACHE.
«CAUCES» EN ROMA: DIVAGACIÓN POR LA CIUDAD ETERNA . . . .	MARGARA MUNTANER DE LA BARRERA.
FLECHAS NEGRAS . . . . .	FRANCISCO GÓMEZ DE TRAVECEDO.
SAN SEBASTIÁN: LA PLAZA DE LA CONSTITUCIÓN O LA VÍSPERA DE SAN JUAN . . . . .	LUIS PÉREZ SOLERO.
EL FOLK-LORE ESPAÑOL . . . . .	JOSÉ SANZ Y DÍAZ.
NUESTRA PÁGINA DE HONOR: CAN- CIÓN DE LAS SIRENAS. . . . .	JOSÉ MARÍA PEMÁN.
AQUELLA TARDE: HOY, SIN QUERER ¡SI EL RUISEÑOR APRENDIERA TU RISA.....! . . . . .	MIGUEL MARTÍNEZ DEL CERRO.
SALMO DE LA OBEDIENCIA AL CAU- DILLO . . . . .	F. INFANTES FLORIDO.
IVELINA . . . . .	FRANCISCO MONTERO GALVACHE.
CANCIÓN ARTESANA DE LAS TO- RRES DE BURGOS. . . . .	JUAN MIRANDA.
ROMANCE DEL NIÑO MARISCADOR .	JOSÉ DE LAS CUEVAS.
PAISAJE DE DENTRO Y FUERA . . .	JUAN JOSÉ FERNÁNDEZ.
TRANSPARENCIA . . . . .	JOSÉ MARÍA HERNÁNDEZ-RUBIO.
CANTO. . . . .	JOSÉ MARÍA HERNÁNDEZ-RUBIO.
MARINERA . . . . .	J. A. INFANTES FLORIDO.
D'ANNUNZIO Y MARINETTI . . . .	JESÚS DE LAS CUEVAS.
NUESTROS COLABORADORES: FRAN- CISCO GÓMEZ DE TRAVECEDO.	F. T. MARINETTI.
ANTENA LITERARIA.	
EL OTOÑO DEL POETA . . . . .	PEDRO MONTERO GALVACHE.
BIBLIOGRAFÍA.	

# IMPERIAL TOLEDO



## Los mejores, con nosotros



Un día, le *Front Populaire*, al servicio de las logias, lanzó la consigna, y toda la Francia burocrática, oficial y decadente, se dispuso a ganar la gran batalla: —Por los claros caminos de Andalucía, por los verdes encinares extremeños y los campos que el Tajo cruza como una espada inmensa, avanzan los guerreros que Franco el Caudillo envía, desde Africa, al encuentro de las falanges iluminadas, de los tercios, que Castilla y Navarra han hecho brotar del fondo de sus llanos y sus montañas, como un milagro de la leyenda de oro. Son los descendientes de los paladines que dominaron un mundo viejo, para romper, después las brumas del mar desconocido, y arrancarle el secreto de las Indias arcanas. Van por todos los senderos de España, a clavar la Cruz y la bandera de una sociedad redimida, en el corazón de la República, todavía sangrante de la sangre del Gran Paladín, inmolado al filo de una madrugada de Julio, caliente de traición, de odio infra-humano, de rencor asiático.

Hay que ganar la batalla, y le *Front Populaire* dicta la consigna y los poderes ocultos gozan el sadismo de un pobre y criminal triunfo.

Gozan también los boulevares, donde todas las aventuras son posibles; y los garitos que saben de los grandes, elegantes, impecables *chantages*, y los poetas que creen disimular su estulticia y su envidia, destrozando lenguas sagradas, y sometiendo la noble tarea ajena a tristes análisis de laboratorio; y los políticos despechados, y los generales incapaces y los novelistas depravados.

¡Qué gran ocasión...! Un *affaire* más, ¿qué importa?

¿Verdad, Francia...? ¡Claro, que ahora amenaza el grave peligro de que éste sea el último y definitivo *affaire*...

Pero he aquí, que no toda Francia se reduce a los boulevares sospechosos, y a las cancillerías en subasta, y a los ministros traidores, y a los generales fracasados, y a los poetas desmelenados y envidiosos, buscadores tenaces de pícaras emociones. Todavía, en los caseríos de La Vendée, los ancianos recitan, de memoria, romances anónimos, que cantan la sublevación del 92, cuando la reina Carolina, soñó ahogar la Revolución naciente en el lodazal que le sirvió de cuna.

Todavía, en los bosques de Bretaña, Juana de Arco tiene un altar en el pecho de cada campesino... Todavía, en muchos miles de hogares provincianos, se reza por la salud *du Roi de la France*... Todavía, en la gran charca del París oficial, como cúspide y cimera de ese pueblo desconocido, Charles Maurrás, habla en el Parlamento y en el Velódromo de Invierno, y en los ateneos y paraninfos;



y *hace* sus novelas y escribe sus dos crónicas diarias, y acaba sus estudios psicológicos de la Revolución...

¡Charles Maurrás, Paladín romántico de la vieja Monarquía francesa, Caballero Encantado de la Poesía que iniciaron los juglares de la Provenza, novelista y pensador, filósofo y tribuno...!

¡Quién sabe...! A veces, cuando más densa es la noche oscura de la purificación de un pueblo, un último crimen, una audacia mayor, rasga las sombras y descubre a los ojos de las multitudes que hasta entonces caminaron en tinieblas, la figura del Caudillo elegido de Dios...

Acaso un día vuelvan a florecer las violetas de Versalles, y Notre Dame—hecha ascua de luces y selva de lises—reciba, estremecida de júbilo, al hijo de San Luis...

He aquí que esta Francia, ignorada de tantos, esta Francia, hogareña y heroica, trabajadora y patriota, que odia les *affaires* y les *Fronts Populaires*, ha vibrado, desde los comienzos de nuestra Guerra, al unísono de nuestro afán y nuestros anhelos.

Un mismo concepto de responsabilidad ante el futuro y de solidaridad con el pasado, funde, en un sólo haz de voluntad y de esfuerzo a la España de Franco y a la Francia que vive, feliz y confiada, al margen de la *realidad oficial*. ¿Cabe prueba más palpable de la santidad de nuestra lucha?

¡Todo el Lacio, frente a la horda incendiaria y deícida de la venganza oriental! —Francia con nosotros... Paul Claudel cantando, en el dulce lenguaje de San Luis, y en metros bíblicos, la belleza de nuestra Cruzada.

Y las tropas de España, desfilando, bajo el sol de las batallas, amarillas del polvo de los frentes de combate, en columna de honor, ante Charles Maurrás, victorioso de la Francia que no quiere morir.

## PALABRAS DEL CAUDILLO

Salvada España quedará salvada Europa. Los campos de batalla de nuestra Patria, fecundados por tanta sangre de hermanos, serán recordados como los campos de batalla en que se decidieron la suerte de un continente y de una civilización.

Ayuntamiento de Madrid



# Entrada en Roma

Evoquemos en este momento de solidaridad italoespañola, nuestra primera noche romana, lo que es tanto como decir nuestra primera noche universal. Roma. Año de 1933 de la Era del Señor, Año XII de la Era Fascista. Italo Césare Balbo, *condottiero* del aire, partiendo de la base marítima de Orbetello, y en uno de los vuelos en escuadrilla más audaces que registran los anales de la aviación militar, saltó sobre el Atlántico, al mando de veinticinco «hidrovolanti», y acuatizó, con honores de *record*, en el lago Michigán, de Chicago. Este fasto, de pura grandeza latina, justificaba el jubiloso flamear de cuarenta y cuatro millones de banderas fascistas—una bandera en las manos de cada italiano,—por todo el ámbito del Reino. En aquellos días, Mussolini había firmado el famoso «pacto de los cuatro» en el palacio de Venecia y en su maravillosa «sala del Globo terráqueo». Se conmemoraba en Italia el primer decenio de la marcha sobre Roma con la celebración de la «Mostra della Rivoluzione Fascista». Toda la Roma antigua era semejante a otra inmensa sala del Globo terráqueo, y la Ciudad Eterna, milenariamente recostada sobre sus siete colinas, parecía ser entonces, siéndolo ya del mundo supercivilizado, la gran antesala de un renovado Imperio Romano. Imperio que era exhumado a pulso por el genio cesáreo de Mussolini entre mil gloriosos mármoles mutilados. Y ya está aquí nuestra primera noche romana, nuestra noche universal y ecuménica, bajo el palio recamado y litúrgico de un cielo católico, es decir, ya está aquí nuestra visión eclesiástica de una Roma de Apóstoles bajo palio, bajo un cielo cuyos altos varales eran los esbeltísimos cipreses de las siete colinas de su ámbito, colinas que se arrodillaban geológicamente ante la presencia del Vicario de Cristo sobre la tierra.



Ayuntamiento de Madrid

*Roma. Costituzione del Campo Marzio*



Noche de puentes romanos con ángeles del Caballero Bernini, de puentes entrevistos sobre las aguas del Tíber, desde la verbena del Trastévere. Noche oscura, redonda, de una oscuridad que estaba relampagueada por faros secretos y silenciosos, en una tempestad de semáforos sin truenos y sin litorales, de faros giratorios sin tormentas ni navegantes. De reflectores que ahuyentaban las sombras y los gatos que se agazapaban entre los acueductos romanos, bajo los milenarios galopes de piedra de aquellos arcos, de aquellos acueductos semiderruidos que competían con los trenes que atravesaban la oscura noche pontina, la oscura noche del agro romano.

Era el momento en que ya no se talaban las cornamentas de los búfalos por mandato de los Papas, porque era el reinado de un gran Pontífice que promulgaba sus encíclicas, a toda la cristiandad, por el micrófono de la radio. Era el momento en que el Duce reconstruía ese gran diplodocus de la Historia de Roma con las mil osamentas de mármol de sus antiguos emperadores, de sus invictos capitanes. De aquellos Césares que llevaron sus lábaros a los confines del mundo conocido, cuando cada finisterre era consustancial con el vuelo de las águilas imperiales. Césares que alumbraron sus sueños de dominio con candelabros míticos; candelabros que alumbraron a su vez, sueños y goces espléndidos.

Y entrábamos en Roma arrastrando nuestra lenta torpeza de buzo, sumergidos en la densa oscuridad de los siglos cuya presencia evidente llegaba hasta el rompeolas de aquellos mármoles ilustres. Subíamos hacia el Janículo, pisoteando

«las frías desangradas sombras muertas»

de que nos habló Don Francisco de Quevedo, y arriba, ya en el cielo del amanecer, las nubes eran alfombras mágicas arrebatadas por el viento a los bazares de Constantinopla; y eran nubes que tornaban con mensajes del Tíber y del Tirreno, hacia los mármoles clásicos y los olivos grises de Atenas, en viaje de ida y vuelta desde aquel cielo romano de las águilas imperiales que habían sido disecadas por Mussolini sobre los guiones y flámulas de la joven Italia fascista.

Y sobre el Coliseo Flavio, sobre aquel ingente Gibraltar de piedra que mancilló la Roma de San Pedro, la Roma de los mártires cristianos, cómo remaban colores y celajes los pinceles de Miguel Angel en aquel techo de Capilla Sixtina que era el cielo romano, pintando con sólo un orden cromático de tres colores, bogando, como en una trirreme, desde su paleta maravillosa!

Citemos unas palabras escritas en el habla de «Castiella la gentil» por un adelantado de la romanidad, ya que fueron escritas en 1927: «La entrada en Roma, llegando ya por el declive precipitado de media Italia, es de auténtica sorpresa del armadijo, de la gran trampa. Se entra con pie firme, sereno y descuidado. Al poco, está uno a muchos metros de profundidad, a ciegas consigo mismo.» Esto dijo Jiménez Caballero. ¡Y qué gran decir el suyo!

Así como el pájaro llega a Roma por el gran declive precipitado del aire, sin otro armadijo ni más cimbel para la gran trampa que el gótico vegetal de los cipreses y la elegancia perenne de los pinos, nosotros hemos llegado a Roma, como los tritones de agua dulce, sin otra salida posible que los acueductos y las fontanas.

Hagamos correr en este momento de solidaridad italoespañola las fuentes y las cascadas de los jardines de Tívoli de nuestra romanidad, y henos aquí ante el recuerdo perenne de Roma, en oficio de coreutas de sus jardines imperiales, de sus jardines césareos o pontificios, ofreciéndole los jardinillos de San Isidoro del Campo que florecen, entre la luna y el río, cerca de nuestra Itálica insepulta.

A d r i a n o   D E L   V A L L E  
Ayuntamiento de Madrid



# Ley de Prensa

El Gobierno de España restaura, para la vida de nuestro País, todos aquellos valores del espíritu que son la garantía de la tenacidad de nuestra Empresa. En la Guerra, estudiando cerca de la misma línea de fuego, allí donde se sabe de la verdadera contextura de la nueva vida, los problemas de raíz social, a lo largo de ese «Fuero del Trabajo», columna vertical de la Revolución Nacional Sindicalista. En la Paz alzando su mirada, vigilante y precisa, a lo más alto de nuestra Misión ante la Historia y ante la Vida, para ofrecernos, como esperanza de una purificación definitiva, la Ley de Prensa.

El Gobierno de España ha forjado, con la severidad que exige la hora de hoy, con aquel entendimiento profundo que hizo de la Prensa José Antonio, en las duras jornadas primeras de sus consignas, ya cumplidas, una ley plena y robusta, ancha en el aliento, todo lo estrecha, en la concesión, que determina la severa y mínima tolerancia del momento actual.

Vivimos tiempo de meditación, de dureza, de vida implacable para con nosotros mismos. Hemos de crucificar, dentro de la sangre, todas las inclinaciones torcidas del corazón y de la vida. Y si esta dura disciplina moral se impone en cada uno de nosotros, porque la Guerra, forjada por la juventud con sus estrellas vibrantes y altaneras en el pecho, así lo exige, ¿no ha de imponerse también una más dura disciplina espiritual a aquellos órganos que, como la Prensa, tienen una misión delicadísima que cumplir?

Hay que hacerlo así. Y lanzamos al aire nuestro grito de júbilo y decencia, que no sabe avergonzarse de ser sincero y firme, contra todos los resabios de los viejos tiempos, por la aparición de nuestra Ley. El Gobierno de España ha forjado con ella, el sentido moral de la profesión, la dignidad ciudadana de la tarea, cortando, de raíz, todas aquellas concepciones estúpidas del liberalismo, de las que ha nacido, este dolor angustioso en que ahora tratan los pueblos de garantizar su futuro y su paz.

España ha sido entendida del todo por el Gobierno Nacional que nos rige: en su Fuero del Trabajo, en su Ley de Prensa. En lo futuro, la prensa española estará íntegramente, al servicio diario, minuto a minuto, de abajo arriba, del Estado Nacional Sindicalista, ganado, a temple de sacrificio, a brazo desnudo con la muerte y la gloria, por esa juventud decidida que puso en cada monte y en cada llanura, el trofeo de su sangre y el bastión de su bravura desgarrada.

La prensa de España había de tener, por fin, un sentido longitudinal, recto, invariable, firme, teológico. No podía continuar al servicio de las ideas negativas, y por esto, la Ley de Prensa, camino abierto para los sanos de corazón y muro rotundo y altísimo para todas las torceduras del alma, garantiza, desde ahora, el fiel acatamiento a los dictados de los Caídos, que soñaron una España limpia y perfecta, donde las banderas de la fe y la alegría, estuviesen clavadas, sobre una tierra que no se duerma nunca, sino que vibre, como un rugido, cada vez que alguien intente destrozar la pureza de sus entrañas.

Y en el futuro, la prensa española, estará en su verdadera posición de milicia: orientadora de los hombres, salvaguarda del honor nacional, músculo de nuestra cultura, y sobre todo, dignamente, pondrá en cada acto su templanza para el espíritu y su buen surco para la limpia semilla.

Por la Ley de la Prensa, ofrecemos hoy al Ministro del Interior y a cuantos camaradas coadyuvan a su tarea, la alegría de nuestra juventud, puesta, a lo largo de nuestros dos años de publicación, al servicio de las más claras ideas de amor a la Patria, de servicio a Dios, de obediencia al Caudillo, de fervor por la Historia.

ALEJANDRO ECHAIDE

Ayuntamiento de Madrid



## *En honor de la Primavera y del Marqués de Bradomin*

Canta la Primavera en tierras de España la dorada canción de las espigas, y hay una renovación espléndida y fecunda, que alcanza por igual a los organismos sensibles y al mecanismo y engranaje de esta España, en trance de afán y de gloria, salvada para siempre de la bárbara esclavitud asiática, por la Gracia de Dios y la Voluntad del Caudillo.

Un siglo largo de sumisión a un liberalismo suicida y burgués al servicio del rencor bolchevique, nos hizo olvidar nuestra vieja función providencialista y católica.

Nuestras rutas eran trazos indecisos en las páginas grises de la historia; y sobre el Cielo de nuestros destinos universales y civilizadores, las sombras de una entrega cobarde a los turbios designios de la Revolución cosmopolita, ocultaban el Sol que alumbró el triunfo de nuestros días imperiales y telúricos.

Aquella tarde de Julio, en los yermos de África la Raza sacudió la pereza de su sueño fabuloso, y cuanto en España existía de tradicional, de honesto, de sentimental, impulsado por una indomable voluntad de salvación, acudió a la Cruzada contra el Bárbaro, bajo el Signo del Caudillo.

Todo el Mundo ha sido, desde entonces, un ojo inmenso y un oído gigantesco, para este drama glorioso de la Patria.

Hechos a contemplar nuestra resignación, nuestro abatimiento, ante nuestra decadencia racial e histórica, los pueblos extraños se dispusieron a asistir, con una sonrisa de mofa al fracaso del alzamiento contra el despotismo sádico y enfermizo de todas las obscuras clandestinidades revolucionarias.

Pero la España de los delirios románticos de Mella, de las predicciones mesiánicas de José Antonio, de las profecías asombrosas del conde de Keyserleing, se había lanzado a la empresa, sacudida por una trágica ambición de apostolado y martirio, y el fracaso no era posible.

Florecieron todos los ímpetus de antaño; palidecieron, junto a la grandeza de las heroicidades de esta hora, los mitos de la antigüedad; una nueva Edad de hierro del espíritu, nos abrió sus brazos, y España, en cruz por los errores de una generación claudicante, tendidos los brazos hacia el Oriente amenazador y torvo, y hacia el Occidente, creador y religioso se aprestó a reanudar su paté-



tico destino. Como en el Ocaso turbio del paganismo gentil, como en la edad romanesca de la Reconquista primera, como en los hermosos tiempos de las Cruzadas legitimistas... ¡Las Cruzadas de leyenda, cantadas en prosas de oro, por el Marqués de Bradomín, cuando suspiraba, desde las nieblas del Támesis, después de la traición de Vergara, por el encanto aldeano de las Cortes de Viana y Estella; cuando en su carne marchita, tornaban a florecer las rosas de pasión de sus años triunfales al evocar la divina decadencia de María Antonieta Volfani..!

¡Marqués de Bradomín! ¡Cómo llora tu ausencia de hoy la España de Franco; y cómo agoniza uno al resucitar tu figura de fantasmón, coronada por la boina roja de los voluntarios navarros, sobre la nevada espuma de tus barbas de chivo, encaramado en los riscos del Sagardegui y en las cumbres de Aralar, al cinto el puñal de brillantes que te ofrendó el Rey sin Corona; bajo el brazo impar, el fusil heredado de aquellos abuelos tuyos, que lucharon por el Señor Carlos V, caballeros, como tú, de todas las Causas imposibles...!

¡Cómo te recordamos, y qué falta nos hacías ahora, para cantar en versos que Homero y D'Annunzio te inspiraran la sagrada belleza de esta guerra, que Franco acaudilla para honor y venganza de los caídos en aquellas Cruzadas, que nadie supo cantar como tú, feo, católico y sentimental Marqués de Bradomín!

Por estos caminos del Maestrazgo, erizados de voces milenarias y poblados de fantasmas de romances, arde la Guerra Santa de la liberación de España... Hacia el Mar de los grandes destinos, hacia el Mar que abrió rutas a las civilizaciones del Asia desconocida, cargada de fiebres, de bárbaras divinidades, de bellas supersticiones y ritos de paganía, avanzan los cruzados que forjaron su alma y sus bríos, a la sombra de los hayedos, al resplandor de las hogueras patriarcales, en las noches del Pirineo, aromadas con el perfume de las historias que cantaban, en lenguaje de lobos, aquellos viejos que gozaron el honor de ser paladines de la Causa... Por estos caminos de herradura del Maestrazgo, arde la Guerra y se despeña el torrente que desciende de las montañas donde nunca las nieblas de las tolerancias nublaron los fulgores de la Fé...

¡Por aquí, fantasma de Cabrera, sombras de Bradomín y Uclés! ¡Por aquí, Primavera de este amanecer que no conocerá fin...!

PEDRO MONTERO GALVACHE



"CAUCES" en Roma

## Divagación por la Ciudad Eterna

Roma es la plenitud de Italia. Medio siglo atrás, los artistas tenían su ciudad sagrada en Florencia. Un poco más tarde, el reino de las maravillas fué transferido a Venecia. Era hacia Santa María de las Flores, hacia San Marcos, que jóvenes de ambos sexos tendían sus sueños pidiendo a un nombre la virtud de un paraíso. El de Roma intimidaba un poco, admitiendo que era precisa una cierta madurez para gustar de la Ciudad Eterna.

Aquella Roma de León XIII nos aparece sin embargo hoy con una gracia bien familiar: de las Termas al Vaticano—leemos—se recorría en su más grande dimensión al trote sonoro de una pequeña «carroza». Un viejo cochero medio vuelto sobre su asiento, las piernas cruzadas, un codo sobre las rodillas, las riendas en una mano, una sombrilla en la otra, inculcaba a su turista los primeros principios de la arqueología. El aspecto era del siglo XVIII. Por todas partes la columna y el frontón. Sin embargo las edades pasadas eran sensibles a la vista y al espíritu. Una torre de la Edad Media resucitaba repentinamente la Roma feudal. La Roma antigua rompía el espesor de los siglos a través de una ruina viva donde los hombres continuaban habitando.

Otras veces se mostraba en profundidad en el fondo de una especie de pozo. El Foro estaba apenas descubriéndose. La casa de las Vestales se acababa de desenterrar. Se paseaba en medio a motivos de acuarela. La ciudad se enorgullecía de sus fontanas. La riada de peregrinos sin ser más numerosa era más

visible. No iban todos al Vaticano. Había colonias de ingleses tuberculosos, de profesores alemanes y americanos que empezaban a descubrir el mundo. La vida era simple, la sociedad poco numerosa. Se vivía cómodamente con 10.000 liras de renta. La existencia rimaba con el son de las cam-

LA SERENA LUZ DE ITALIA



Ayuntamiento de Madrid



panas y se daba cita después del Angelus. Como de aquella Roma del pasado ha salido una gran ciudad poderosa y moderna, la historia lo dirá. Es el efecto de la evolución profunda que, a través de los acontecimientos, empuja un gran pueblo a su madurez. Es una fuerza irresistible en el orden de fuerzas naturales. La Roma de hoy es la figura imponente—y cordial al mismo tiempo—de esta madurez. Ella está determinada por una serie de fenómenos de una singular grandeza, entre los cuales aparece inconfundible y magnífica la figura de Benito Mussolini.

El primero de estos fenómenos, el que salta más a la vista del visitante, es la resurrección de la Roma antigua. Hace unos veinte años se podía reconstruir al máximo con la imaginación, aperebirla a trechos bajo la ciudad moderna como un cuerpo bajo una túnica agujereada. Hoy se puede pasear en medio a esas gloriosas ruinas de piedra tibia y dorada. Nada más delicioso que recorrer a pie, durante las horas cálidas en las cuales la antigua Roma estaba desierta, desde el Arco de Constantino al de Títo. No es un historiador que lee la naturaleza como si fuese un libro. Se es un viajero que camina en el pasado. No se tiene ni siquiera el sentimiento de una magia sino de una simple y maravillosa realidad. Por todas partes en la Roma del año XII se está, por así decir, en casa de los Romanos.

Los siglos siguientes han dejado tesoros indiscutiblemente, pero menos visibles al viajero. Para encontrar la Roma de Gregorovius hay que buscarla. La imaginación salta desde la Roma antigua a la del siglo XVI. El Renacimiento aparece aquí no adolescente como en Florencia, sino con toda la potencia de su triunfo. Y es desde aquí, que el arte de Rafael y de Miguel Ángel, han reinado largamente sobre el universo. Durante tres siglos su obra era como una alta cima conteniendo toda la doctrina estética del mundo. Una especie de tablas de la ley sobre el Sinaí. Pero la historia gira sin cesar. A fines del siglo XIX se hizo una especie de revolución contra ese arte clásico. Rafael parecía fastidioso y se acusaba a Miguel Ángel de haber corrompido el gusto. Después, solamente una generación más tarde, el barroco encantaba de nuevo. No es tal vez en Roma donde hemos aprendido a amarlo pero sí es a Roma a donde nos ha conducido. Y es en Roma también donde se nos ha mostrado cuanto tiene de ro-



ROMA: TORRE DE LA MILICIA





ROMA: FUENTE DEL PANTEÓN

manticismo el arte del XVIII.

La línea suntuosa y severa de una fontana de donde brota el agua como una cosa viva entre la inmovilidad de las piedras, pinos parasoles sobre las colinas doradas, árboles romanos bajo un cielo azul, jardines y palacios, museos

entre las ruínas, es la decoración incomparable de la más grande historia del mundo.

Sin romper esta armonía, la ciudad vive de nuevo al amplio ritmo de los tiempos modernos una vida joven llena de alegre actividad.

MARGARA MUNTANER DE LA BARRERA

## VOZ DE LA FALANGE

## IZURDIAGA

Esas banderas que han sido sudario de nuestros muertos, mojadas en la sangre joven y puestas cara al sol, dicen este dogma, inmovible de la Patria, el Pan y la Justicia.

Sólo ellas—Escuadras Eternas de nuestros Caídos—pueden hablar y exigir, hablar de sed, de intemperie, de heroísmo, de la gloria difícil, de la serenidad de la Falange, que son ellos mismos con sus cicatrices y su sangre. Y nos pueden exigir Milicia. Conducta Militar. Espíritu y carne, voz y estilo de nuestra Falange.

Ayuntamiento de Madrid



## *Flechas negras*

Tenía verde los ojos y morena la piel; una estatua de bronce parecía el cuerpo tallado por cinceles helénicos con una perfección lograda de dieciocho años de juventud en el metal virgen de una adolescencia radiante.

Muy poco se conoce en la Ciudad de su vida, y este poco tiene la horizontalidad dudosa de un fichero incompleto. Alcanzaba el hogar y su nomenclatura; fuera de esto, nadie sabe cómo pensaba, ni para qué vivía.

Era un enigma oscuro en la esmeralda intacta de las pupilas. Era un secreto al borde de la carne, en una geografía íntima de color avellana.

Bronce en el pulso y ámbar en las sienes.

Sabían que el padre tenía una barca y que vivían de la pesca; del penoso trabajo de extraer de los mares escamas de plata bajo el temblor eucarístico de la Luna grande.

De noche en el mar y de día vagando como una sombra por las playas; el hijo vivía éxtasis de arenas y oro.

Coloquios de tierra y cielo; mística revelación de estrellas.

No flotaban en el espacio, pero él las veía; las palpaba con esa cuarta dimensión del alma al margen de los cinco sentidos. Las veía guiñando los ojos y cayendo continuamente sobre el cristal de las aguas, como una lluvia cósmica de pedacitos de plata.

A veces la sensación era tan clara, que el muchacho con los pulsos mojados regresaba a la casa, radiante las pupilas de gozo y ahuecadas las manos—capilla sixtina de la imaginación—donde la fantasía le hacía suponer que había aprisionado un tesoro.

En el dintel del hogar, los labios de la madre tenían siempre colgado el mismo reproche.

—¡Hijo! ¿de dónde vienes tan tarde?

—Estuve pescando, madre.

—¿Pescando qué?

—Pescando estrellas; aquí traigo un puñado.

Sufría enormemente al separar las manos vacías, donde apenas si temblaban al sol unas gotas irisadas de agua.

—¡Me las han robado, madre; me las han quitado por el camino!

Y allá se iba otra vez en dirección a las playas, entre arenas que se quebraban en oros y arrecifes granates, que tenían más que la fina tonalidad del coral, la atracción palpitante del coral mismo.

Prisma de dieciocho reflejos perdido en la raya infinita de todos los caminos. Naufrago en la borrasca de sus propios pensamientos. Loco para los hombres que estiran la razón hasta donde les llega la paga.

Sordo a las conveniencias utilitarias y a todas las bocinas del egoísmo, pero con el oído sutil y enormemente afinado para oírse en silencio, para recoger el rumor de las olas, el crujir de la arena, el diálogo de las espumas y la respiración de una flor.

Loco para el mundo, y cuerdo para los ángeles.

Crucificado en luz y sombra, en amor y soledad, en gozo y misterio, como el seráfico Santo de las llanuras de Agubio; el mínimo y dulce Francisco de Asís.

Un día, cansado de vivir hacia dentro, harto de tanto concentrarse en sí mismo, rompió el marfil de la séptima morada y se proyectó fuera.



Por herencia racial—venía de una familia de marinos—el Mediterráneo le aguardaba con una impaciencia contenida de siglos. El mar era su único camino, y fuera de aquél no había otro.

Pidió permiso para embarcar, y no se lo dieron. La familia pedía a la juventud, una cosa que los dieciocho años no podrían dar nunca: razones.

—¿Por qué quieres irte, para qué?

—Quiero dejar esto y ver mundo. Me ahoga el aire y las calles de este pueblo. Al otro lado del mar, está la gloria esperándome.

Suplicó hasta convencerse que sería inútil; como no conseguía el permiso, se escapó, huyendo una mañana oculto entre la carga de un buque.

Soplaba viento del Estrecho y los cielos tenían un sucio color de ataúd de plomo. En los Muelles, lluvia y ausencias de caras conocidas.

Ni un sólo pañuelo al viento pudo decirle adiós.

¿Dónde iba? Él se creía libre, pero tenía trazado un camino. El camino era la voluntad de Dios; el eterno y divino designio de las cosas, que tan exactamente había fijado Salomón en el capítulo XIX de los Proverbios: «Muchos pensamientos se forjan en el corazón del hombre, pero la voluntad de Dios, es siempre la que se cumple».

Embarcado el 18 de Julio, el Movimiento nacional le sorprendió rumbo a Málaga y a pocas millas de la barra marrueca, cuando la Primavera en el Himno de Falange se moría de sed, cuando el mar no era todavía un camino para las armas de España.

No obstante, pese a las moles y a las minas de los acorazados rojos, un navío nacional los apresó y condujo a las costas de Ceuta.

Toda la Ciudad era un arco cálido de consignas de guerra. Al aire, banderas, fusiles y cantos, donde vibraba el nervio y la esperanza de la victoria en flor. Por las calles sonoras de pisadas castrenses, una juventud heroica corría a los cuarteles, mintiendo años para asomarse a una trinchera.

—Yo, al Tercio de la Merced.

—Yo, a la veinticuatro Centuria.

Él, impulsado por sus dieciocho años, llegó también a las puertas del Cuartel y se detuvo indeciso.

Iba a alistarse y no sabía dónde.

Le daba lo mismo Falange que Requeté, Requeté o Falange. Eran dos perfiles de una misma medalla y por los dos lados se iba a la salvación de España.

Bajaba en aquel momento un muchacho con la boina roja y él le abordó con aquella magnífica camaradería de la gente joven donde el «usted», es lo primero que dimite.

—¿Me dejas una moneda?; es para alistarme cara a cruz.

El otro encontró formidable la iniciativa.

—Toma, tírala.

—No, tírala tú; cara Falange, cruz Requeté. ¿Me esperas si me toca la boina?

—Hecho.

—¡Cruz!

—¡Requeté!

Se abrazaron para cumplir una fórmula, creyéndose que se habían jugado cara a cruz la simpatía sobre el asfalto, cuando la simpatía era anterior a su existencia misma; estaba en la claridad de las retinas y en el misterio oscuro de la biología. Atracción o repulsión era en tiempos de Heráclito, la clave que explicaba este enigma y desde entonces acá, los hombres no habían hecho más que complicar el problema, poniéndole nombres estúpidos a las cosas.

Desde aquel día amigos; desde aquella hora hermanos; desde aquel minuto, camaradas; pero unidos de verdad en el afán y en la nostalgia, en la duda y en el



deseo, en el frío y en las balas, en la guerra y en el asfalto, en la Ciudad y en los parapetos.

El uno sin el otro, era una estampa incompleta que no se concebía.

Estuvieron unos meses operando en el frente del Jarama, y de allí al organizarse una División de vanguardia, los pasaron a «Flechas Negras».

Siguieron juntos en la misma escuadra y luchando en la misma avanzadilla.

De metal noble era el nervio de aquella fina amistad y una cosa pesada y grosera vino a truncarla; una bala; si no en el espíritu, al menos en la continuidad física de todas las horas.

A Juan Ignacio, un trozo de proyectil le dejó ciego; empañado para siempre el brillo cegador de las pupilas, esmeraldas hundidas en la cuenca morena bajo los párpados. Inútil para seguir la guerra, tuvo que replegarse y dimitir. En «Flechas Negras», no podía hacer ya nada.

Tenía que volver a la Ciudad y temblaba; temblaba de soledad y de nostalgia, de pena de cambiar la trinchera por la egoísta comodidad del asfalto.

Las cartas de su amigo; aquellas cartas que les leían piadosamente las enfermeras, fueron desde entonces el único motivo de su vida, la única razón de su existencia. Quería contestarlas, y las escribía lentas, borrosas y muy despacio; lucha angustiosa de la caligrafía sobre el papel, cuyos renglones cuadriculaban los dedos en una maravillosa agudización del tacto.

Redactaba tres o cuatro todos los días y luego batallaba en su alma para enviarle la mejor de todas.

La última consulta, cuando todo el Hospital era silencio, se le hacía casi siempre a una monja.

—Madre, ¿cuál le mando? ¿Esta? ¿Aquella?

Un día la Hermana tardaba demasiado en dar la respuesta; y él que se había educado, reeducado mejor en un mundo sin ruidos, donde las pausas tenían la clara intuición de las letras, comprendió en el acto que en aquel alfabeto de silencio, una sola palabra era el nudo de toda la clave: tragedia.

Se decidió a preguntar temblando:

—¿Cuándo ha muerto, Madre?

—Ayer.

Ya ni la pluma puede servirle de consuelo.

Se ha hecho todo páramo y cenizas en su alma y ahora comprende que está dos veces ciego; tinieblas dentro y fuera. Ahora es cuando sabe que se le ha venido encima la noche, como una catarata de apagadas estrellas.

Cosa rara; él tan sentimental no ha vertido una lágrima. Han vertido sus labios color y su alma la sonrisa.

No viste de negro, porque tiene en las entrañas muy hondo, un dolor que no necesita uniforme; pero desde aquel día, en trincheras de sufrimiento tiene el recuerdo militarizado. Y en su corazón, concha de tiniebla y sangre, hay también una flecha de luto.

FRANCISCO GÓMEZ DE TRAVECEDO

18 DE JULIO. III AÑO TRIUNFAL

ESPAÑA LIBRE

Ayuntamiento de Madrid



## SAN SEBASTIÁN

### La plaza de la Constitución o la víspera de San Juan

La plaza de la Constitución debiera visitarse solamente la víspera de San Juan. Este día no es la plaza la misma del invierno, gris y llorosa y tan triste, que ni los Domingos, en que la juventud le presta su alegría danzando al son del chistu arcaico, desarruga su grave entrecejo de vieja pensativa y solitaria. Ni las notas de color que ponen en ella los danzarines, borran el gris húmedo de sus piedras, ni aclaran la lobreguez de sus soportales.

Pero la víspera de San Juan... ¡es otra la vieja plaza! Se rejuvenece con los adornos de la fiesta; y el sol de esa tarde, siempre olorosa, la embellece como nunca con el oro de su luz. ¡Hasta sonríe y se conmueve toda, contagiada por la alegría que surge a raudales de aquella ebullición llena de colorines y destellos brillantes que brotan, al beso del sol, en la tarde única para la vieja plaza...!

Ese día, y mediada la tarde, sus soportales se inundan del gentío que por todas las calles de la parte vieja de la ciudad acude a presenciar la fiesta de San Juan; fiesta atrayente por su grata mezcla de religión y paganía, y muy sugestiva por su marcado sabor tradicional.

Colgaduras de juventud, con flecos de piernas infantiles, cubren los balcones numerados que circundan la plaza. En el centro de ella, un árbol cimbreo su tronco, saludando con el verde penacho al gentío, ávido de fiesta y emocionado de tradición.

Tras la litúrgica ceremonia de la bendición del cerezo, brotan los primeros acordes del himno de San Juan, acordes de llamada briosa que quedan cortados por otros más dulces, más suaves y plenos de añoranzas de sabor patriarcal.

Suena luego el chistu; y los hijos de los que «ayer» bailaban el auresku, lo danzan hoy ante las niñas, unas palomitas de cabeza rubia y de albo ropaje. El sol dora las hojas y enciende los rubíes de las cerezas del árbol, que se mueve tanto, como una de las pequeñuelas que arranca carcajadas al gentío por su aplomo de danzarina consumada. Las madres de los niños que no bailan, creen verlos saltar allí como los otros, y desde luego aseguran que lo harían mejor. Las que tienen al suyo en el centro de la plaza, bailando ante su pareja, se deshacen de orgullo y de amor. La plaza entonces... ¡parece una abuela, sonriendo ante las travesuras de los nietos!

Un aplauso cerrado da fin a la fiesta. El sol, rápido, desaparece; y el gentío se desborda por las calles viejas, buscando ansioso las salidas a las avenidas espaciosas, donde al mezclarse en el bullicio, se olvida presto del cerezo, de la música y de los niños; y se deshace el recuerdo entre el fárrago insustancial de la vida moderna.

Al anoecer, la vieja plaza se queda un poco triste. El sol del verano y la animación de la época; tal ceremonia o cual festejo en el Ayuntamiento, edificio principal de la plaza, la hacen creer a la ilusa que la fiesta de San Juan va a comenzar de nuevo; mas las primeras lluvias de Septiembre la descubren el engaño, y se pone pensativa y mustia.

Llega Noviembre; y entonces, grave, ceñuda, lóbrega y triste, se pasa el invierno silenciosa, esperando siempre la víspera de San Juan...

LUIS PÉREZ SOLERO



# El Folk-lore español

«Folk, pueblo; lore, ciencia, saber:  
Estudio de las tradiciones, creencias y  
costumbres del pueblo en cada nación.»  
(W. J. Thoms, 1846.)

Hoy que, afortunadamente, podemos amar ya todo lo nuestro, cantar a España y pregonar su idiosincrasia a los cuatro vientos; en estas horas en que edificamos el Estado del porvenir sobre los sólidos cimientos de la Tradición, bueno sería y oportuno hacer relación literaria e inventario artístico de la costumbrística variada de nuestras regiones y de cuanto en materia folk-lórica el tiempo pasado nos legó.

Como es sabido, tres elementos han de integrar principalmente un estudio de tal naturaleza: costumbres, ritos y creencias.

El primer grupo, es, por lo tanto, el de mayor amplitud, toda vez que ha de incluir las prácticas populares de España; las costumbres tradicionales, patrióticas, locales; las fiestas consuetudinarias, fijas y movibles, con sus danzas y rondallas; las ceremonias de tipo racial y religioso, como las romerías, procesiones y villancicos; los juegos característicos de cada zona, deportivos y de ingenio; la producción típica del país y los aspectos especiales, definidos de cada trabajo.

El grupo de ritos presenta, casi siempre, caracteres psicológicos de tipo religioso, como la comadre que, para curar el «mal de ojo», echa unas gotitas de aceite en el fondo de un vaso; el leñador que, para quitarse las verrugas, arroja con los ojos vendados tantos cucos de enebro como protuberancias tiene, o el pastor que, para defender de la roña o de la sarna a su rebaño, entierra una res sacrificada a la entrada del redil. Todas estas gentes, al realizar dichos actos, practican sin saberlo un rito ancestral de tendencia religiosa.

El grupo de las creencias lo constituye en «folk-lore» la fe del individuo, de la familia, de la región. Así España, que es católica en general, presenta características diferenciales de región, provincia y aún de simple localidad. Ejemplo, la devoción que sienten los aragoneses por la Pilarica o los sevillanos por el Jesús del Gran Poder.

Esta rama magníficamente literaria del «folk-lore», comprende también las tradiciones aldeanas, las leyendas místicas y los cuentos de hondo sabor popular. Es maravilloso en España este mundo de la conseja, que se basa siempre en hechos más o menos verídicos acaecidos en el país. Tan rica es la cantera «folk-



lórica en nuestra Patria, que yo—un tanto aficionado a estas cuestiones—he hallado en un sólo pueblo del viejo Señorío de Molina, en Peralejos, al borde del Tajo, un montón oral de bellísimas leyendas, algunas de las cuales, como «El secreto del lago», «La Cueva de Rui-Gómez», «La luz de la selva» y «El torreón de los cíclopes», he puesto ya literariamente, y otras, como «El Charranchán», «El ceñajo del moro», etc., esperan los honores de la publicidad.

Todo este acervo antañón forma parte de las «creencias» populares, porque la patraña, la deformación o el mito que encierran tales relatos, no son sino *verdades* para la mentalidad sencilla de las gentes lugareñas que en ellos creen, ya que para el pueblo es indiscutible todo lo que está avalado con el testimonio formal de varias generaciones.

Con razón dice Mr. G. L. Gome (1) que «los mitos son la descripción que la ciencia de las edades precientíficas hace de los fenómenos que no es posible explicar, sino por medio de relatos debidos a un primitivo conocimiento y observación».

Y añade, «el mito, examinado en su definición y distinción, no es una ficción; es siempre una a modo de corteza o cáscara del meollo de verdad que contiene.» Convendría, pues, crear con la ayuda del Estado Nuevo una gran Revista trimestral, que podría titularse LA GACETA DEL FOLK-LORE, recogiendo en sus páginas los cantos y cuentos populares, las leyendas y las tradiciones de cada región, la música y los cancioneros, las baladas y las supersticiones, las coplas y los giros del lenguaje, los proverbios y los retintines, las adivinanzas y los trabalenguas, etc. En fin, todo cuanto piensa, siente y hace España, la Patria tradicional y eterna, en sus regiones y en sus caseríos.

Un estudio formal de tal envergadura—metódico, comparado, científico—sería interesantísimo y fecundo para la Propaganda y el Turismo Nacionales, ya que iría creando, insensiblemente, fuertes lazos de unión y conocimiento entre todos los españoles, aumentaría la cultura popular y despertaría en los ajenos deseos vehementes de conocer de cerca un país que tiene tal tesoro de maravillosas tradiciones.

J o s é            S A N Z            Y            D Í A Z

(1) «Folk-Lore». Edimburgo, 1913.

Cuando se tiene un sentido permanente ante la Historia y ante la vida, ese mismo sentido nos da las soluciones ante lo concreto, como el amor nos dice en qué casos debemos reñir y en qué casos nos debemos abrazar, sin que un verdadero amor tenga hecho un mínimo programa de abrazos y de riñas.

JOSÉ ANTONIO



# Nuestra página de honor

---

## CANCION DE LAS SIRENAS

¡A la flor! ¡a la flor!  
¡Las islas españolas se han puesto a navegar!  
Así cantan, nevando la superficie verde  
del Padre Mar, en ronda, las sirenas alegres.  
Por la infinita soledad  
sonora bajo el cielo sin fin, del alta mar,  
pasan despacio — grises, jorobados, inmensos —  
en inquieta vigilia, los dos perros.  
¿Cómo se hizo el milagro?  
¿Fué voluntad el viento? ¿la brisa tuvo manos?  
Fué el nácar de las conchas de Ferrol y de Cádiz  
que engordó las dos perlas cenizas de los mares.  
¡Frenesí de martillos  
en los hierros sangrantes de minio!  
Por el día los hombres trabajando sin paz.  
Por la noche los ángeles vienen a trabajar.  
Y al fin los mares vieron, rompiendo sus cristales,  
los dos nombres floridos: «Canarias»... «Baleares»...  
Y las sirenas blancas decían su cantar:

¡A la flor! ¡a la flor!  
¡Las islas españolas se han puesto a navegar!

José MARÍA PEMÁN

Del "POEMA DE LA BESTIA Y EL ANGEL"  
Canto II: En el Centro de la Historia: Mar.

Ayuntamiento de Madrid



## *Aquella tarde*

Aquella tarde, sin que lo supieras,  
cuando te daba el sol sobre la cara,  
cuando en las ráfagas del viento  
se publicaban todas tus palabras,  
cuando los nardos y las rosas,  
sin tú saberlo, te espiaban,  
cuando la luna te veía,  
cuando el monte y el cielo te miraban...  
jaquella tarde, sin que lo supieras,  
supe yo los secretos de tu alma!

## *Hoy, sin querer...*

Hoy, sin querer, la he visto sentada entre los árboles,  
al lado del sendero que de la fuente sube;  
y he comprendido al verla,  
ante la aristocracia de sus ojos azules,  
el choque de su vida de luz de Primavera  
con las grises nostalgias de la tarde de Octubre.

MIGUEL MARTINEZ DEL CERRO





## Campos de Castilla

Cecilio PANIAGUA

### ¡SI EL RUISEÑOR APRENDIERA TU RISA.....!

Ve despacio, hijo mío; mi mano apenas si puede ya sostener tus impulsos.

Allá en el prado, perdido entre margaritas; las manos, llenas de amapolas, y los ojos de distancias, podrás correr sin que yo te lleve.

Allí, mientras yo leo, tú enseñas a cantar al ruiseñor melancólico y pardo que gime en el rosal de junto al pozo. Ríe, ríe mucho para que él te oiga.

Ayer ya le escuché menos veces ese piar agudo, sentimental, como lamento de campanas de ángelus.

¡Ay, si el ruiseñor aprendiera tu risa.....!

F. INFANTES FLORIDO

Ayuntamiento de Madrid



# Salmo de la obediencia al Caudillo

Porque la Vida y el Dolor se hicieron  
Quietud de playa y lumbre de consigna.

Porque la Vida es recta y laboriosa  
Después del alto empuje de Tu espada.

Porque España ha nacido, de la angustia  
De afanarla en el duro parapeto.

Porque está nuevamente ante los ojos  
Y en los brazos que van a consagrarla.

Porque el dolor del hondo alumbramiento  
Ha sido entre los hombres como un bálsamo.

Nosotros bendecimos Tu figura  
Y ensalzamos Tu gesto:

¡Señor de los Combates y los Himnos!  
¡Señor de los Ejércitos de España!

Era larga la noche y era lento el camino.  
¡En cruz, sobre las vísperas, se acercaba el martirio!

Las viñas sin las manos para el zumo de oro.  
Y en la tierra sin sangre, la serpiente del odio.

Al himno de los ángeles, el rencor de los hombres  
Con cruenta y amarga tenacidad de bronce.

(Y lloraban las piedras en las fuentes sin agua  
Bajo las tibias noches de azahar y naranja.

Y las novias cantaban por todos los caminos  
Presintiendo, en la carne, el áspero cilicio,  
Con las manos alzadas en señal de alegría  
Y los ojos abiertos a la luz de la brisa.)

Y en toda la crudeza de las noches desnudas,  
Los camaradas muertos, rondadores de luna:

«Por el Yugo y las Flechas, serenad nuestro aire.  
Por el Yugo y las Flechas, bendecid el paisaje.  
Y que broten, ay luna, de nuestras manos, rosas,  
Para el llanto bendito de nuestras blancas novias.»

Era larga la noche y era lento el camino.  
¡En cruz, sobre las vísperas, se acercaba el martirio!

Pero llegastes Tú:  
y Contigo los ángeles.

Y los campos se abrieron, y el silencio se hizo.

Y en la tierra crecieron las espigas doradas  
Que es la gracia, en las bocas, del sabor de Tu pan,  
Arrancado a las fauces gigantescas del Monstruo  
Por Tu brazo de fuego, llamarada de Dios.

Y en la costa de España se inclinaron las aguas  
Y lanzaron al viento su consigna de espuma.

Y sonaron al aire las trompetas de Gloria,  
Y en los blancos altares de la muerte se alzaron  
Las banderas forjadas en la sangre y el fuego.

Y en las treinta monedas del espanto de Judas,  
Sobre el llanto del huerto de los nuevos olivos,  
Florecieron, sangrantes, treinta rosas de luz.

¡Sobre el cuerpo de España, la férrea disciplina  
De tu brazo de atleta!

Porque la Vida y el Dolor se hicieron  
Quietud de playa y lumbre de consigna.

Porque el Dolor del hondo alumbramiento  
Ha sido entre los hombres como un bálsamo.

Porque España ha seguido, iluminada y viva,  
La senda señalada por el brazo de Dios,

Nosotros seguiremos Tu figura  
Hacia todas las tierras  
Y hacia todos los mundos.

Porque Tienes el alma como la primavera,  
Abierta a la sonrisa:

¡Señor de los Combates y los Himnos!  
¡Señor de los Ejércitos de España!

Francisco MONTERO GALVACHE



## Ivelina

«Para cada hombre guarda  
un rayo nuevo de luz el sol  
y un camino virgen  
Dios»

LEÓN FELIPE

Había estado comisionado por mi diario en medio de la furia amarilla. Ahora mismo, lejos ya, a la mano la ducha, los libros, las comodidades, no podía impedir que el recuerdo me resultara insoportable...

No soy, por otra parte, un novato. He visto innumerables insurrecciones, «masacres» de alto espectáculo y hasta una vez me arriesgué a tocar los pies, nada limpios, de uno de los ahorcados—eran quince—conque Kemal Pachá divirtió durante una hora a la ciudad de Smirna. Dijeron que si un complot, que si una delación de Schewki Bej... ¡Vaya Vd. a saber!...

Pero el caso está claro por tanto y sin embargo «in mente» me consideraba en cierto modo «in wita man simplicity a child» (en la agudeza, hombre; niño en la sencillez) como creo que dijo Poe en un poema. Cuando llegué a Viena tenía mis nervios destrozados y una nota bastante fuertecita en mi cuenta debida casi toda a mi régimen hidráulico.

Viena me pareció gris, fúnebre y pensativa... ¿Era esta la cuna de los valeses, de los luisones brillantes?... Irremediablemente la asocié a «aquello» que había dejado entre explosiones. Quizá Hitler...

El caso es que la muerte del pobre Sancho Gandri me había deprimido. En el fondo, no era otra la causa. Escriba usted durante un tercio de su vida, estrujando su cráneo para hacer un poco de belleza y de emoción; consuma usted su vista en la cruda luz de las redacciones, para luego acabar así: como un perro solitario. Así, c-o-m-o u-n p-e-r-r-o s-o-l-i-t-a-r-i-o.

Si acaso, unos discursitos... y ¡a otra cosa!

Pero en la estación me encontré a Ivelina.

Ivelina es alta y sus ojos tienen una luz amable, imprecisa. Usa además unos zapatos chatos, deportivos, lee a Spengler y no dice nunca bien «Chihuahua», «prestidigitador» y «ecuménico». En cambio baila maravillosamente, escribe con sutilidad y se adueña cuando quiere de la luna, de las sonrisas.

Me resultaba un poco difícil encontrar un puente hacia ella. Me lo tendieron...

—¡Hola, poeta!

Una vez escribí un poema y no me lo perdona ¿Por qué? Era precioso:

funámbulo por ti del firmamento  
nenúfares de luz cantan mi ansia...

—¡Ivelinaa!...

Ayuntamiento de Madrid



La «a» se sostuvo un poco nada más y en seguida se cayó. ¡Cielos! De pronto me di cuenta de que alardeaba de una cosa que seguramente le faltaba: la jovialidad.

Volví a mirarla desde sus zapatitos amarillos a su «canotier» con madroños. Eso era: elegante, fina... inteligente. Olvidé mi «spleen» mi aplanamiento...

—¿«Coeur»?

Denegó graciosamente con la cabeza:

—No .. — luego, al rato, disculpándose—quizá—para acabar: Esteban .. sí ..

—Ivelina, le dije. Y me quedé aquí, como atragantado.

Ella me animó:

.. «funámbulo por tí»—Claramente, se veían sus esfuerzos...

Y luego, en una transición: «Ya te explicaré» ¡«The Kingdom of Spain»!

Para Ivelina todas sus emociones se tradujeron siempre al inglés.

—¿España... y qué?

Estaba irremediablemente sorprendido. Mecánicamente cumplí las formalidades aduaneras, el traslado del equipaje, el...

La niebla se tragaba las torres de Viena y las campanas se oían tenuamente suplantadas por el tráfico de la mañana ..

¿Y para eso había dejado yo a chinos y japoneses atizándose en los bastiones de Wosuli? Se luchaba en Skitzchil, y mis artículos podían interesar. Era quizá la lucha decisiva. Sin embargo, desalentado, dejé todo, deserté... ¿para qué? Para encontrarme de golpe a Ivelina con un oscuro problema bajo su «canotier» estremecido en el otoño ..

(Indiscutiblemente todas mis luchas estaban superadas). Y luego, esa mención de España donde a la sazón se peleaba denodadamente, ese tono ambiguo, esa solemnidad tan inhábilmente disfrazada...

Ivelina, Ivelina... ¿Quién conocía bien a Ivelina?—Deportista, novelista...

Súbitamente entreví por este lado una solución aceptable.

—¿«Sinfonía en gris»? —me atreví a susurrar...

—El techo del taxi corrigió en la mitad lo brusco de su gesto. «Aquello» lo mismo podía ser una afirmación que una negación.

A mí sugería. Conocía bastante a Roland Kayser para abandonar tan pronto ese camino. Además, todo convenía tan bien, tan justamente .. A Roland no le gustaron plenamente «Sinfonía en gris» «Olvidados» «El Eden estremecido»... A mí me parecía un tigre joven, sin nervios, todo músculos, fuerte, triunfador con todos .. con los hombres, con las mujeres... Siempre supuse que Ivelina un día cualquiera se rebelaría...

Ella me había dicho que me explicaría sus palabras. Su tono revelaba que necesitaba de mí. O quizá entonces creyó que necesitaba y ahora sentía su «the kingdom of Spain». La autora de «Olvidados» podía también hacer honor al título de su obra.

Esperaba de un momento a otro la aparición de Roland Kayser, apabullándome con su personalidad, con su animalidad, fina, selectiva. Muchas veces le envi-



dié y otras tantas me sorprendí de haberlo envidiado. Con malestar me dí cuenta de que no podía reprimir unas punzaditas de celos... Sin embargo, donde yo tenía el auto, no detuvo su marcha.

Ivelina se quedaba en su piso alto, moderno y geométrico. Mi ausencia duró tres años y todo había cambiado, menos ella y su casa. Parecía un barco, un cubo de sal, en definitiva, una intención de viaje. En medio de la ciudad ponía la nota alegre de sus ventanales y el airón guarda y celeste de su gallardete como una promesa.

—Ivelina...

—Esteban...

—No eres franca conmigo, Ivelina. Cuando eras pequeñita, yo te hacía los temas: dos estrofas de Lope. Luego, más tarde, dos estrofas de Horacio, tres canciones...

Se conmovió.

—Te diré... Se trata de Roland. Marchó a España...

Por primera vez me sentí como en el aire...

—¿A España?

—Sí; recibí su retrato... de legionario. Necesitaba luchar por una causa justa, bonita... Se decidió enseguida...

—¿Así que todas mis teorías?...

—Todas...

—¿Todas mis prevenciones? .

—Todas...

El cielo era azul, pero Roland muy quieto, muy pálido en su fosa catalana era para Ivelina el cielo pardo, oscuro, tormentoso. Tuve que correr en su auxilio: ¡Ivelina! ¡Ivelina!...

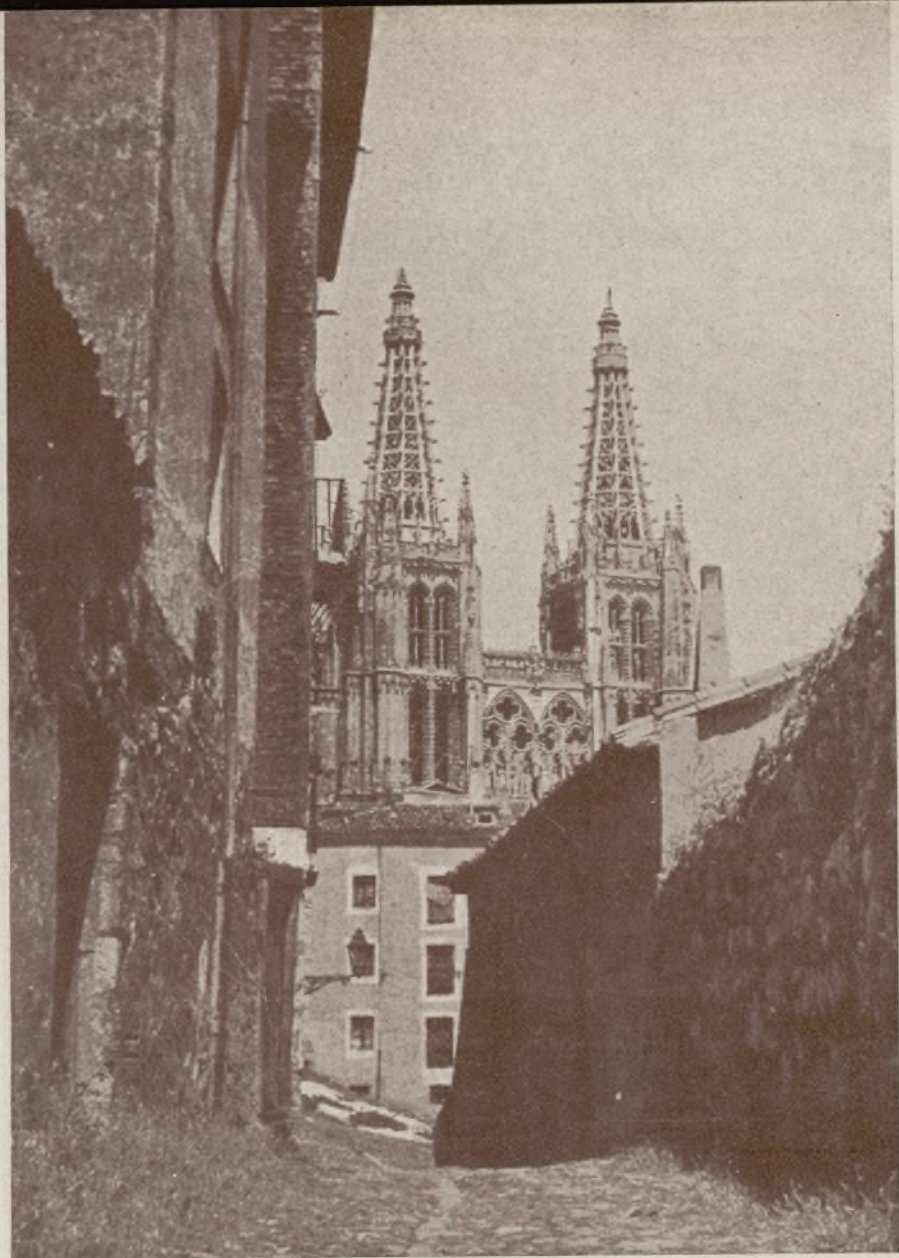
El cogerle el pie a aquel ahorcado de Smirna, no me costó tanto trabajo. Y mis compañeros decían que yo gozaba del don de la persuasión ..

He tenido en mi vida que cambiar de opinión un montón de veces. Mi «edición de la mañana» fué otras tantas rectificada por mi «edición de la tarde». Dicho de otra manera menos original: la vida nos va puliendo, limando y casi siempre con dolor... Tuve siempre a Roland por un deportista sano, joven, acéfalo y egoísta, como un felino que se sabe más ágil que los demás, más hermoso que los otros.

A Roland no le gustaban las novelas. A mí me bastará, Dios mío, conque llegado el momento, sepa escribirla tan bellamente como él escribió la suya—el único ejemplo—un día bíblico y terrible de sangre y de pólvora.

JUAN MIRANDA





BURGOS: TORRES DE LA CATEDRAL

## canción artesana de las torres de Burgos

A Diego Romero, poeta y amigo, que ha  
hecho de la palabra divina artesanía.

La ruta y la artesanía en el norte—geografía oscura de hierros, rosa de los vientos donde los oficios huelen a Biblia Complutense y a bancos de paraninfo en Salamanca,—está en Burgos flor y airón de piedra.

El sur tiene la guitarra. La guitarra encendida con corazón para cantar después de la jornada, empapados de sudor, llenas de tierra las manos, en el horizonte vi-



ril de un cortijo andaluz. Fuera, los toros en las dehesas enceladas, bebiendo río y luna con los cuernos.

Airón y flor de geología, galanura de piedra, Burgos sabe del martillo hecho cincel y del granito hecho caricia entre las manos enamoradas. Burgos, Castilla artesana y humilde. Camisa legionaria de España. Dos torres enhebrando estrellas en la paramera infinita harta de sed, quemada de ansia de mar desde hace cien siglos. Las dos torres cazan todas las gaviotas perdidas, todas las rachas que el océano manda, como una veleta de esponja que se empinase de puntillas para columbrar algún día la gloria misteriosa del mar.

La torre de Babel se hizo para desnudarse ante todas las gentes. La hizo la soberbia. Castilla hizo su torre de babel cristiana—unidad conyugal entre dos torres—en la inmensidad del desierto parturiento, pero la hizo acordándose de Dios, dándole vuelo de ángel a la mina, haciendo gota de rocío el pedazo de arena.

Mi canción modesta y anémica, humilde y pequeña, artesana, a tí Burgos, capital, pueblo grande de España, corazón del Cid y de la tierra. La historia ya no tiene cuadrantes decididos. El mundo no cambia y ahora como antes el meridiano de los grandes destinos pasa entre las dos torres de la catedral católica por donde bullen los vencejos estos crepúsculos del verano. El meridiano del siglo de la velocidad del cilindro, del cocktail. Por esta piedra vieja y amasada con arrugas, tan cansada de subir y sublimarse que se ha hecho ya inmensamente humana. En esta piedra que un día sintió la pezuña andariega de Babieca y otro, dió suelta a sus campanas para celebrar la toma de Castellón por soldados cristianos, con Cid a la cabeza sobre una tremenda decoración de tanques rusos.

Toda una civilización a tí, Burgos, capital artesana, artífice y alma, gracia y reloj solar de nuestra misión y de nuestro Imperio. La piedra de tus torres se hizo primero músculo para tender banderas y ahora es torso para empuñar laureles. Los muelles de tus arbotantes al mar azul e inquieto de los días de primavera saben del arribo de los galeones de la victoria y las columnas están corroidas de lágrimas pero también de gritos de triunfo.

Hubo un tiempo en que Burgos escondido, pobrecito—¡oh el destino de ser siempre pobre y siempre grande!—recibió las mercaderías de las Indias olorosas aun de maravilla y de misterio. Hoy Burgos acurrucado en la meseta sin alharacas y sin voces, es el puerto abierto donde entran todas las horas la gesta de los hombres, chorreando aún sangre.

Tu abside, estación de radiografía astral donde España escucha sus partes de guerra. Tus torres sabias de radiogramas, de lomas y de estrategia. Tus ventanas despiertos por el desfile de los hombres, cuando el aire de Julio olía a risa de mujer, a inmortalidad en potencia.

Franco, Cid, Señor de España, Caudillo, capitán de Juventud, debió soñar el Imperio de la Patria en la cantera racial de la ciudad humilde.

Burgos está ahora izando su perfil gremial—orgullo y florón de artesanía—para que las leyes tengan el regusto de su España donde el maestro se levantaba al alba a abrir las puertas del taller cantándole en el sueño todavía los versos del auto sacramental oído aquella misma noche. Burgos es el centinela de las almenas de Castilla para que volvamos al arado, a la pluma y a la espada. Para que sintamos otra vez la vida. Y para que amemos la tierra, nuestra tierra, tierra de hogar y tumba, como carne de nuestra propia carne.

JOSÉ DE LAS CUEVAS



# Romance del niño mariscador

—Niños de ojos de mar,  
¿dónde vas de madrugada?—

—Voy a cantar a mi sueño  
desde la roca encantada—

—No te acerques a ella, no,  
antes de que apunte el alba—

—No temas. Yo soy capitán  
en la nave de la playa—

—Mira, que aquel que se acerca,  
muerto se queda al mirarla—

—Yo quiero cantarle al mar  
mi nacimiento del alba—

—Cuidado, mariscador,  
no se te ocurra mirarla—

—Adios, rosa de la noche;  
las algas me están llamando:  
siento sus voces de plata.

El niño mariscador  
miró a la roca encantada.  
Sus ojos de mar murieron  
antes de nacer el alba.

Y cuando su cuerpo era  
una señal en la playa,  
en la voz del viento sur  
temblaba la arena blanca:

—¡Ay, rosa de la noche,  
el niño mariscador  
ha muerto esta madrugada!—



No quise fuera a la roca  
antes de apuntar el alba.  
Pero él se creyó capitán  
de la nave de la playa.  
Mal de muerte ha sido siempre  
mirarla de madrugada.  
(El niño de ojos de mar,  
cantarle quería al sueño  
el nacimiento del alba.)

Mariscador de alborada:  
¿dónde tus ojos de mar...  
dónde tu tez azulada?

Estrellas de mar lloraban  
en la playa verde y fría  
su muerte, aquella mañana.

—Pasa volando  
hacia la aurora  
una garza—

JUAN JOSÉ FERNÁNDEZ



# *Paisaje de dentro y fuera*

**A un libro de Sevilla y Joaquín Romero**

¿Qué pasa hoy en mi alma y en mi cuerpo?

¿Hay o no diferencia con ese viento que corre por este horizonte marino y montañoso de la costa africana? ¿Sí o No?

Así está mi alma,—¿sí o no?—como el viento, contradictorio, seco y húmedo a intervalos.

Hay en ella un como estar sobre ascuas. La menor cosa me emociona y exalta en escalofríos y en lágrimas que asoman a mis ojos...

Subo a un monte al caer la tarde. El paisaje envuelto en una gasa blanca de viento y niebla es bello, delicado y fuerte, a la vez... Mi alma llora.

Ahi está la bella bahía de Alhucemas, con su Peñón blanco o gris según el sol que declina lo ilumina o no.

El viento me azota y revuelve los pelos. Me encanta,—siempre me ha encantado,—este «estar» sobre una montaña, en lo más alto, sobre la última piedra, aguantando el viento.

Abajo, el poblado, el pequeño puerto, la «Cala Bonita», las rizadas olas de la bahía estrellándose contra las rocas... y más lejos, la playa baja, los islotes, sobre el fondo gris-verdoso de los montes del valle del Nekor y cabo Quilates...

Desciendo al poblado saltando de piedra en piedra... El pabellón de la Legión... El legionario viejo que riega el jardín... El viento levanta nubes de polvo por las calles. El omnibus rojo y negro que llega, chorreando por sus puertas moros y soldados.

Compro los periódicos y entro en un café.

Otra vez el alma. Es un escalofrío continuo. Mis ojos se empañan de lágrimas mientras leo...

La Guerra. La Semana Santa de Sevilla. La nostalgia de González Ruano en Italia... Y por último un artículo maravilloso de Eduardo Llorent sobre un libro de Joaquín Romero...

«Sevilla en los labios» es el libro.

¡África! ¡Sevilla! ¡Mi alma! ¡Abril...!

¿Qué hay? ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre aquí dentro de mí?

Llorent cita en su artículo,—y esto es el colmo para mi alma ahogada en sensibilidad,—esta frase de Güiraldes: «...el amor no está en la total posesión... que se nos haga el objeto siempre necesario (pasionalmente) y nunca poseído».

Joaquín, tu libro será,—yo lo sé,—como esa frase tuya de Sevilla; «Hay rincones en los jardines y en los barrios donde siempre parece que nos espera alguien que nos ama».

No se puede decir nada más, Joaquín Romero.

No he leído todavía tu libro, pero sé que no tendrá nada mejor que esa frase. Igual, quizás. Ya es bastante.

Ayuntamiento de Madrid



Tú, Joaquín, eres feliz. Tienes a Sevilla y vives en su Alcázar. Eres conservador del corazón de Sevilla... y vas por las tardes,—tu traje oscuro, tu mirada clara y triste, y tu sonrisa burlona,—por los jardines del palacio, destilando dentro del alma toda la esencia de esa nube, rosada primero, naranja más tarde, que se va muriendo tras la silueta de palmeras y cipreses, y saldrás después por la puertecita pequeña al barrio sin par, dormido en silencios y músicas...

Tú tenías que hacer este libro, Joaquín.

¿Te acuerdas,—la última vez que nos vimos,—aquella tarde, creo que fué en Mayo, dos meses antes de la Guerra, en que paseando por los jardines del palacio, tú, Díez Crespo, Llorent, Sebastián y yo, hablamos del «penúltimo número» de «Mediodía»...?

Yo iba a partir lejos de España...

Y... tu libro de Sevilla lo tenías allí... asomado al balcón de tus ojos y de tu hablar aquella tarde. Bienvenido sea.

Nuestro «Cauces» saluda a tí y tu libro. Yo en su nombre desde aquí lejos.

.....

Salgo.

La noche es una espada a la que el viento saca mil brillos.

¿Y mi alma?

¿Dónde está?

...¡Allá se me fué volando tras los montes, a la busca de objetos siempre necesarios y nunca poseídos...!

José María HERNÁNDEZ-RUBIO

Costa de Alhucemas, Abril, 1938.



## TRANSPARENCIA

¡Qué belleza!  
El campo...  
Hospital verde  
donde  
el alma cura  
sus heridas...  
Un médico celeste  
coge  
la flor,  
clara y pura,  
de una nube  
enhiesta,  
y va  
quitando con ella  
la sangre muerta.  
.  
.  
.  
.  
.  
.  
.  
.  
Al aire  
el espíritu, —  
— intemperies recónditas,  
risas tristes,  
esencias —,  
vuela,  
en un escalofrío  
de esperanzas  
quietas.

José María HERNÁNDEZ RUBIO

## CANTO

¡Ay del vivir sin horas,  
Oh, vida del morir!  
¡Oh, dulce despertar cuando me duermo!  
Desnuda en la sombra te busco a Tí...  
¡Y qué triste morir cuando despierto!  
Si dulce sueño, ¡oh, vida del morir!  
Cuando mis ojos cierro para verla,  
mi Dios deluz me inunda el ancho seno...  
¡Quién, oh gozo, partiérase con ella  
de este centro confuso hacia lo eterno!  
¡Ay del vivir sin horas!

J. A. INFANTES FLORIDO

Sevilla.

## MARINERA

*¡Marinera, marinera!  
olor a yodo y a sal.  
¡Sirenas te están mirando  
y no te avergonzarás!  
Punto moreno en la arena,  
imán de fuego solar.  
Sabor de marisco dulce,  
tristeza de quien vendrá:  
¡estatua de bronce quieta  
junto al arroyo del mar!  
¡Marinera, marinera:  
olor a yodo y a sal!*

JESÚS DE LAS CUEVAS

Arcos de la Frontera, ciudad de la Peña alta.



## D'Annunzio y Marinetti

Marinetti, Académico italiano, el célebre poeta creador del futurismo, visitó a D'Annunzio pocos días antes de la muerte de éste, y escribió este bello fragmento de poesía futurista.

Al ver otra vez a Gabriel D'Annunzio, me prende una fuerte y delicada emoción donde se compenetran, casi dolorosamente, la simpatía física, la admiración literaria, la devoción a Italia, y muchos augurios fraternos al poeta infatigable de la más noble italianidad.

Esta emoción cortaba con sus fulgores y sus calorías de imágenes ardientes la siniestra y espesa niebla de «pasatismo» invernal que, frenando el veloz automóvil del abogado Piccoli, la mañana del 10, ofuscaba los esplendores turquesa del multiforme Lago de Garda, fundido con la inmensa poesía de Gabriel D'Annunzio. Clásicas y románticas escarpaduras en un océano perforado por rápidas carreteras ávidas.

Palabras en libertad descerdidas de limones, naranjas y viñas hacia suaves besuqueos de agua beata en alcoba.

Quizá porque llevaba los mensajes ardientes de los jovenísimos aeropoetas y aeropintores futuristas, suprimí, con saltos veintenales, la grandiosa escalinata y su solemnidad principesca, claustral y militar, un poco desdeñosa, donde agudas precauciones mágicas invitan sin fin a los visitantes a comprender cómo una proa de crucero se complacia en hacerse capturar por los cipreses para convertirse en marmóreo jardín de hojas.

Como preveía, este sortilegio de árboles antiguos y metales futuristas, aunque hábil, fué vencido de golpe por la presencia del poeta, más que nunca gozoso maestro de originalidad.

Originalidad toda suya la de una voz ruda y virginalmente blanca a la vez, que hace pensar en las vibraciones de un resistente aluminio en alto vuelo.

El gesto afectuoso y directo de una leal amistad entre hombres, pero que conocía también la inspirada cultura de un bello cuerpo de mujer enamorada, perfeccionaba la atmósfera, haciendo típico, único y lleno de emoción, nuestro abrazo de poetas.

La fuerza de la Maiella y ciertas melodiosas y casi carnales umbrías verde-rosas del Michetti, se fundían con la sangre de triunfo naval al sol, sobre el umbral del comedor, mientras le ofrecía la palanca de un bimotor Caproni que le dedicaban los aeropoetas futuristas y llevada por el legionario de Fiume, Somenzi, y por el aeropoeta camisa negra, Pino Masnata, como símbolo de nuestra estética de la máquina.

Ciertamente, esta ofrenda parece lo más impensado para los vitrales místicos, para los misales dorados, para las tapicerías purpúreas y para los altos volúmenes, los gualdrapados y alineados como lejana y vecina caballería medieval petrificada en el sueño.

Gabriel D'Annunzio acogió la palanca de acero con la más fresca sonrisa primaveral, hasta tal punto su cuerpo sintético y su elegante testa ovoidal eran desenfrenadamente aéreos patrones de las nubes y perseguidores de horizontes desconocidos.

La conversación se desenvuelve musicalmente, con variedad de ritmos y presiones de pie sobre el acelerador.



Un andante de cordialísima solidaridad artística, con evocaciones de anécdotas amenas, de batallas teatrales contra públicos tercios y cerrados para excavaciones de sensibilidad inexplorada, que había que verbalizar a toda costa con vocablos preciosos y, luego, de un salto y entre «pizzicati» de vivo «allegro» de humorismo sano, se habló de la somnolencia miope y venenosa mezcolanza de los filósofos históricos y de los críticos pasatistas.

Tema dominador el de la sublime poesía y el de sus nuevos ímpetus ascensionales para cambiar todo metal rotante y toda carne sangrienta en estrella lanzada, imperecedera, de literatura italiana.

Brío, fantasía y matiz, vencían la cortesía que había ya devenido terrena y la fascinación de las viandas y de los vinos, también raptados al tiempo, al espacio y a la nostalgia.

Con la más humilde gratitud, el poeta «ardito» me recordaba un banquete de guerra revolucionaria en Fiume, donde me pareció cortesía tonificar bruscamente la alegría de los convidados con muchos impetuosos y cincelados brindis a su obra literaria de modo que los aplausos legionarios, henchidos de intrépida poesía guerrera, tronaron desde batería vecina a batería lejana.

Alternativamente, tornaba el corazón, con mansa resaca, a las seducciones fieras y suaves de una Italia victoriosa y alta sobre la explanada de genio y de sangre heroica que le tributaron generaciones de patriotas genuflexos.

Hoy, en la patria engrandecida por la Gran Guerra, por la Revolución fascista y por la Guerra Veloz mussoliniana, el tono de un coloquio íntimo entre el poeta más grande y el animador de la aeropoética futurista, aparece, finalmente, exento del más mínimo artificio.

En efecto, no me asombra la gracia dócil con que el glorioso y universal D'Annunzio reconoce en Flaubert, autor de Salambó, su indispensable, más que consejero, auténtico maestro de estilo musical y preciso, para, después, de golpe, aplaudir las tres batallas del Tembien con palabras en libertad improvisadas por mí, fuera de la sintaxis y de la puntuación, y ante sabrosos peces y fruta del Garda, comidos a la italiana.

Vino también el apasionado elogio de la belleza que, evocando la solar lujuria de una marina adriática del «Triunfo de la Muerte», aplicó el incendio a las risas y a las caricias del «Placer» y de las «Vírgenes de las rocas».

Se habría extendido voluptuosamente si el espíritu jubiloso de la Guerra no hubiese militarizado de nuevo la sala, ya toda roja con sonoridades y retumbes.

Nuestro afecto hostigaba la velocidad de los pensamientos y de las palabras, y éstas se divertían y nos divertían, precisando.

Gabrielle D'Annunzio me manifestó su dolor por no haber podido combatir como yo en una segunda guerra poética.

Me dió una fotografía suya para mi esposa, Benedetta, con esta dedicatoria: «A la alba compañera del poeta F. T. Marinetti, a Benedetta, custodia de una fuerza que será revelada contra todo y contra todos».

Queriendo darme después algo preciosísimo y guerrero, me regaló el famoso gallardete con el lema «Me ne frego» que ondeaba en su auto blindado al entrar en Fiume.

Conservo, agradecísimo, su «Alcione», dedicado así: «Doy este libro a F. T. Marinetti, en un día en que mi misma potencia lírica me pareció superada por su amistad elocuente—10 de febrero, vigésimo aniversario de Buccari—Gabriel D'Annunzio».

Así, fascistamente, futuristamente, entre poetas imperiales.

F. T. MARINETTI



Nuestros Colaboradores

## Francisco Gómez de Travededo

Desde las páginas de «Azul», el bravo semanario de la Falange algecireña, llegó, ofreciéndonos su abrazo, este luminoso prosista que vive, frente al Estrecho, el paisaje de su bahía, sobre un alcázar de cristal.

Francisco Gómez de Travededo fué acercándose a nuestra obra, con ese andar pausado de quien sabe ofrecer el alma como suprema consigna de amistad.

Y tuvo, desde entonces, un puesto altísimo entre nosotros: a través de todos los permisos militares, cuando el descanso nos brindaba su hora en el hogar, sobre la mesa del trabajo, siempre había una de esas cartas bellísimas que nacen, en plena flor, de su pluma. Y ahora la amistad es lazo y yugo, que nos ata a una idéntica tarea luminosa. Travededo es uno de los sembradores más puros de «CAUCES»: porque sabe poner a cada paso, en la unción de cada palabra, su poesía natural, grácil, limpia, sin retorcimientos, con sana y ancha honradez interior.

Francisco Gómez de Travededo—autor de «Extasis», de «Cristo Caído», de «Santa María, varada»—tiene un camino abierto, y nosotros, con los brazos alzados, hemos sabido señalarle, en momentos de angustia para su espíritu, la senda recta. Y nos hemos encontrado unidos fervorosamente, en el centro del mismo camino: la poesía.

Travededo, director de «Azul» de Algeciras, hasta hace muy poco tiempo, batallador infatigable del Nacional-Sindicalismo en la bella ciudad que recibiera los primeros abrazos de nuestras tropas marroquíes, alienta, con su nombre, lo mejor de nuestras horas literarias. Y lo presentamos a los lectores de «CAUCES» con el corazón lleno de alegría y henchido de esperanza por su futuro.





# Antena Literaria

José María Pemán ha publicado su «Poema de la Bestia y el Ángel». Llega a nuestras manos cuando este número había entrado en caja, por lo que nos vemos en la necesidad de aplazar nuestro comentario para el número próximo.

La obra—que se agigantará en los tiempos—ha sido editada en los talleres Industrias Gráficas Uriarte, de Zaragoza, y constituye una prueba más del admirable espíritu de confección literaria que existe en la Revista «JERARQUÍA». Son espléndidos los dibujos de Sáenz de Tejada, y por hoy lanzamos al aire nuestro grito de alegría por la llegada del «Poema de la Bestia y el Ángel», agradeciendo a José María Pemán la cariñosa dedicatoria con que nos ha brindado su libro, de cuya Tabla hemos tomado «Canción de las Sirenas» para nuestra Página de Honor.

Margara Muntaner, correspondió hace unos días a nuestro saludo, y anuncia su colaboración asidua para «CAUCES». Ello nos alegra, porque así cimentaremos el intercambio artístico y espiritual de Italia y España.

Sabemos que tiene terminado un guión cinematográfico acerca de nuestra Gloriosa Cruzada, y que parte de él es muy probable se filme en España.

Nuestro colaborador Don Manuel Chacón Sánchez, recientemente destinado al Ministerio de Educación Nacional para asesorar en los problemas de la Enseñanza Marroquí, ha leído días atrás a una reunión de amigos, la comedia que ha terminado. Es una Obra de amplia contextura psicológica, en la que surge, del diálogo, bellamente conseguido, el sentido de su nombre: «Serpentina».

Se ha celebrado, recientemente, en la Biblioteca Municipal de esta ciudad, un cursillo de conferencias sobre la figura del Padre Coloma, de la Gloriosa Compañía de Jesús.

Hablaron los señores Rodríguez Pascual, Pérez Clotet, Chacón Sánchez, Molina Escribano y el Padre Antonio Viu, S. J., así como también el Director de dicho Centro, Don Manuel Esteve.

Nos alegramos mucho de que se atienda en Jerez, sobre todo por los muchos olvidos anteriores, a la divulgación de la obra del ilustre novelista jerezano.

Adriano del Valle trabaja actualmente en su libro «Fernando Villalón, Héroe de Arpa y Garrocha», que esperamos todos con la ansiedad de conocer este nuevo y detenido estudio del poeta de «La Toriada». Sobre todo por la forma de la exposición, garantizada por la prosa selecta, cuidada y fina, de nuestro querido amigo.

Benjamín Ramos García, corresponsal de «CAUCES» en el Protectorado de Marruecos, prepara para muy en breve su nuevo libro sobre España, cuyo título, no definitivo aún, será «Rosiclères de Paz».

El buen escritor, autor de «¿Hacia dónde va España?», tratará en sus páginas de los eternos problemas espirituales de nuestra Patria, con el estudio y cariño con que siempre ha venido haciéndolo.

Nuestro querido amigo y colaborador Luis Pérez de Solero se halla en plena concepción del segundo número de la Revista «XEREZ», editada por la Casa GONZALEZ BYASS. Sabemos ya su título y su perfil, pero no queremos adelantar nada de ello: sólo decimos por hoy, que está planeándola, y ya esto es bastante anticipo.



# El Otoño del poeta

Novela por PEDRO MONTERO GALVACHE

«¿Véis la diferencia que hay entre una llama dibujada en esa pared, y una llama real? ¡Ah! Pues esa diferencia es nada, si se la compara con la que existe entre el fuego de este mundo y el del Infierno. Fuego, que se entra, como el viento entre los árboles, por la garganta y los ojos de los condenados, y los abrasa sin consumirlos nunca, nunca... ¡Y pensar que toda esa eternidad de suplicios, la ganamos con un pecado cometido en una hora, en un segundo de locura...! ¿Cómo podéis vivir en paz, y gozar y dormir, si estáis en pecado, si podéis, morir en un instante, lo mismo que murieron tantos que habéis conocido, y caer en ese fuego eterno?»

Se oían suspiros entrecortados y sollozos contenidos, y el crepitar de los cirios y el rumor de los rosarios de gruesas cuentas, recargados de medallas.

Por las vidrieras altas, entraba la luz vacilante del anochecer, y a ratos, el resplandor violeta de los relámpagos. Lejana, tronaba la tormenta, y la bóveda de la iglesia, se estremecía, como si fuera a desplomarse sobre el pueblo fiel.

Angelita atendía, con una sonrisa burlesca. No entendía las frases del predicador, y aunque las adivinaba sinceras, adustas, veraces, aquellas razones se estrellaban en su espíritu, sin herirle.

En cambio Benalgar, escuchaba, ensimismado... Como imágenes desfiguradas en el fondo de un espejo, vió escenas olvidadas de su infancia.

Aquellos años llenos de la fe y el candor de una leyenda piadosa, en los que gozaba la dulzura de los éxtasis místicos y se creía elegido por Dios para misionero y mártir de su Iglesia. Vivía horas enteras saboreando el placer de las meditaciones divinas y rezando, abiertos en cruz los brazos, clavados los ojos en un Crucifijo de madera antigua, hasta que la cabeza, desvanecida, le caía sobre el pecho y el cuerpo se le rendía, agobiado de cansancio por la fatiga. Entonces, Jesús le hablaba, con una voz delgada, como una brisa de atardecer, olorosa, como las flores del jazmín y arrullado por aquella música, sentía que su alma y su carne se perdían en un mar dulce, sin orillas, como el sueño que el opio levanta en algunos enfermos. Su prima María Leonor Corbalán, se burlaba de aquellos deliquios, y le acosaba con su coquetería de niña adulada, hermosa y precoz. Pero él le huía, porque sólo quería vivir para la vida contemplativa.

Como un nuevo San Juan de la Cruz, ambicionaba subir a la cima de la perfección, allí donde las almas de los predilectos, besan los labios del Cordero, y hunden sus dedos en la llaga del Costado y beben la sangre caliente del Amado.

Creía que aquel Cristo moribundo, tallado en madera antigua por un gran artista desconocido, que se conservaba, casi olvidado de todos, en la capilla sombría y resonante, lúgubre y heráldica, del viejo castillo que albergó el linaje de su madre, le miraba con sus ojos de agonizante, y le sonreía con sus labios lívidos y temblaba de amor al oír sus palabras.

Hasta que un día, como un león rugiente, como una represa que estalla, como un océano que irrumpiera en un desierto de arena, despertó en su alma el demonio de la lujuria, de la ambición, de la soberbia. Y aquellos anhelos místicos, aquellos afanes de apostolado y martirio, se trocaron en un ansia loca y desenfrenada de gustar los placeres malditos, los vicios nefandos, que de adolescente le horrorizaron.

Acabado el sermón, sonó el órgano, guiando unas voces cadenciosas y humildes, que se per-



dieron en la amplitud del templo, como en una gran desolación, hasta que los fieles le hicieron coro.

¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras?  
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,  
que a mi puerta, cubierto de rocío,  
pasas las noches del invierno, a obscuras?

\* \* \* \* \*

Lentamente, la iglesia fué quedándose vacía. Como Javier siguiera de rodillas, ajeno a todo lo exterior, Angelita tuvo que llamarle:

—Es muy tarde. Vamos ya.

Se alzó con pereza, y al salir de la pequeña capilla a la nave central, vió en un rincón al misionero, en un confesonario.

El jesuita y el poeta, se miraron cara a cara, y hubo un segundo de horrible indecisión, en que Benalgar quiso arrodillarse a los pies del sacerdote.

Los aldeanos, que aguardaban para confesar, se hicieron atrás, al ver el gesto del marqués, y el jesuita, tendió hacia él las manos, blancas y suaves, como el pan de las hostias.

Javier dudó, recordó su pasado galante,—aquel pasado culpable, agobiador, lleno de locuras, de inconsciencias, de claudicaciones,—se notó bajo el peso de un desaliento formidable, de un abrumador desmayo de voluntad, de una asoladora frialdad interior, puso la mirada en el suelo y salió al atrio.

El misionero, vió a la pareja abandonar el templo, y llevándose las manos a la cara, rezó descorazonado:

—Acaso vuelvan mañana...

En la obscuridad que envolvía el confesonario, solo se distinguían el brillo de fiebre de sus ojos de apóstol, y la blancura de su cabeza y sus manos; una blancura de hostia o de nieve.

## XXIV

Desde la miranda de su gabinete de confianza, divisó al cura subiendo la cuesta de la Heredad de Lis, toda llena de la húmeda sombra de las acacias que crecían en los bordes del camino; y al verlo agobiado de fatiga, viejecito, menudo y achacoso, apoyándose en el nudoso bastón de roble, y deteniéndose cada dos pasos, para ensanchar el pecho, oprimido por el duro cansancio de la ascensión, tuvo un sobresalto de angustia y recelo.

Abandonó sobre una mesita enana de cobre, el libro de versos de Javier, que leía, y corrió al vestíbulo del palacio. Escondida entre unas estatuas de mármol negro y unos bosquecillos de palmeras, oyó la voz lejana de Laura, recibiendo al párroco.

Vió luego a la criada cruzar el «hall», escoltando al clérigo, hasta la entrada de un saloncito de la planta baja, y dirigirse, después, a las habitaciones de Benalgar.

Salió de su escondite, y se hizo encontradiza con Laura:

—¿Va V. a buscar al señor?

Laura, con los ojos bajos y el ceño adusto,—siempre hablaba así a la artista—repuso:

—El señor cura ha venido a visitarle. Le está esperando en el salón.

—No se moleste. Yo iré a avisarle la visita. El señor debe estar descansando todavía.

Angelita tenía celos de la servidumbre del palacio, y sobre todo, de aquella vieja, intolerante y fanática, que con sólo su presencia, sus gestos mudos de reproche, levantaba en el corazón de Javier, el oleaje de los remordimientos por su vida pasada, y la amarga melancolía, la sombría nostalgia de aquella virtud, de aquella conciencia serena y limpia, que envidiaba en los lugareños de Lis, y que hubiera deseado para sí, en sus ratos de hastío y decaimiento.



Y como aquella nostalgia, aquel desencanto del mundo y del pecado, le entristecían, Angelita, procuraba, a todo trance, aislarle de aquellas gentes primitivas, que sólo entendían la moral rígida del Evangelio puro, sin transigencias culpables ni confusionismos acomodaticios. Un Evangelio, un poco tosco, perfilado de aristas duras y cortantes, como las armas de las edades prehistóricas.

La artista, más enamorada cada día, odiaba a aquellos campesinos que le discutían el amor de Javier. Porque cuando el poeta se olvidaba de los terrores de ultratumba, ella lo sabía suyo, exclusivamente suyo, con un exclusivismo absoluto, y sólo cuando los prejuicios religiosos,—así llamaba Angelita a la densa formación doctrinal del aristócrata, enterrada bajo la costra de la sensualidad, de la vanidad, de la indolencia—, se agitaban en él, huía el apasionamiento fervoroso de sus horas paganas y amables, y se mostraba retraído, huraño, ensimismado en aquella fosquedad que sublevaba a la enamorada.

Llegó Angelita a las habitaciones del poeta, y desde la puerta de la alcoba, le llamó, con gentil alborozo:

—Javier, ¿dónde estás, criatura?

Acababa de levantarse, y se hallaba asomado al ventanal del tocador, contemplando el espectáculo de la campiña, inundada del sol pálido de las tardes apacibles de otoño.

—Entra aquí, Angelita. Estoy en el tocador.

Oyó los pasos de ella, menuditos, ligeros, casi ahogados en la muñidez de la alfombra, y al oírlos, una nube ardorosa de deseos le invadió el cerebro.

Se le ocurrió embromarla, dándole uno de aquellos sustos que tanto divertían a los dos.

La esperó, oculto entre los cortinajes de damasco de la puerta, y al pasar la artista, la siguió de puntillas, y ciñéndola la cintura, la alzó en vilo.

Angelita, fingiendo un miedo que no sentía, se cubrió los ojos con las manos y fué a gritar, pero él apagó aquel grito besándola en la boca.

Riendo, llegaron al ventanal, y se sentaron entre almohadones y macizos de rosas, que sostenían ánforas repujadas de plata antigua.

—Me alegro encontrarte en uno de tus días buenos. Créeme, hijo, que a veces me hartas con tus chifladuras, con tus manías absurdas, con esa estúpida tristeza, que mata en flor todas nuestras ilusiones. ¡Odio el lastre de fanatismo que tus maestros dejaron para siempre en tu alma, Javier!

El poeta se turbó ante aquella maldición de la artista. Aquel lastre de fanatismo, fué el espectro que ensombreció las rebeldías de su alma decadente.

Oyendo únicamente, la voz de las pasiones, la música adulatora de la fama, los aplausos de las mujeres que se enamoraban de sus versos y suspiraban de amor por él, Javier Benalgar quiso, en los años triunfales de su juventud, arrancarse a la influencia de aquella austera religiosidad que infiltraron en su yo íntimo, los viejos profesores del Colegio de Nobles, en que hizo todos sus estudios. ¡El néctar sutil de las discusiones teológicas, del humanismo florido, de las venenosas enseñanzas de los clásicos griegos y latinos! ¡Aquel néctar, dulce como el jugo en sazón de un fruto prohibido, y bello, como la promesa del primer pecado!

Javier lo bebió, a la claridad lustral de la adolescencia, y desde entonces, su vida entera, fué un duelo formidable entre la rígida conciencia moral, heredada de sus abuelos, como un atavismo sagrado, y fortalecida en la soledad y las meditaciones de su niñez; y el decadentismo aprendido en las historias amables del remoto y misterioso imperio romano.

El marqués de Benalgar tenía espíritu de asceta cristiano y carne de pagania. Por eso amaba, con idéntica fuerza, la senda esquiva del Calvario, y los jardines umbríos, atrayentes y oscuros, como una tentación, que tan magníficamente dejaban entrever los párrafos sonoros del exquisito Petronio.

Quiso arrancarse al influjo de su niñez, religiosa y soñadora, y hacer florecer en su alma las rosas pálidas de un paganismo elegante y escéptico. ¡Pobre empeño! En él fracasaron todos sus esfuerzos, y este fracaso fué la culpa de su triste y árido porvenir.



Javier Benalgar logró ser el más irresistible Don Juan, y el más admirable poeta de su tiempo, pero no un pagano, ni siquiera un buen renacentista. Fundió, en diabólica mescolanza, el misticismo de sus años infantiles, y el aroma perverso de los nardos de todas las decadencias. ¡Quería alzar el vuelo, y el aliento de Satanás abatía sus alas de arcángel!

Angelita suspiró, despertándole de aquel frío sueño de oscuras evocaciones:

—¿Sabes quién ha venido a verte? El cura del pueblo. Está en el saloncito del vestíbulo esperándote...

Benalgar nada dijo. Se alzó de aquel montón de almohadones, y fué a vestirse en la alcoba. La artista le siguió, y le ayudó a anudarse la corbata, y a peinarse, y a calzarse los zapatos. Refan los dos, como chiquillos que aprovechan las incidencias más nimias de la vida ordinaria para jugar, felices y alborozados. De pronto, Javier, poniéndose serio, se volvió a Angelita, y le preguntó:

—Oye, nena. ¿Tú no sospechas de esta visita del cura? ¿No te figuras a qué viene?

Quedóse pensativa, y disimulando aquel recelo que le dominaba, desde que vió al cura subir la cuesta de la Heredad de Lis, exclamó:

—¡Qué se yo, hijo! Porque estas gentes suelen tener cada ocurrencia. A lo mejor viene a intentar nuestra conversión. ¡Qué afán de amargarnos la vida!

Javier no contestó. Encerrado en aquel silencio, en el que Angelita leía un funesto presagio, acabó de arreglarse la americana, ante el espejo, y se dispuso a salir.

—Espera. Voy contigo.

Se colgó de su brazo, y abandonaron las habitaciones del marqués. Los regios aposentos, alhajados con refinamiento oriental; los regios aposentos, donde durmieron príncipes y cardenales, que fueron antepasados de Javier; y donde una madrugada otoñal, cerca de Angelita, Javier sintió agitarse dentro de su alma, la inspiración sagrada y bárbara de aquellos poetas, que en lenguas ya muertas, cantaron la apoteosis del dolor, de la sensualidad y de la muerte.

## XXV

—¡Qué bellas rosas, Javier! Mira: son rosas de otoño, blancas, rojas, frambuesa... Un milagro de tu jardín de Lis. Nunca había visto colores más puros, ni un perfume más intenso... Entre los brazos, cruzados sobre el pecho, sostenía el montón enorme de flores —rosas casi todas— y hundía la cara en el macizo oloroso, aspirando aquel perfume que llenaba la atmósfera quieta de la tarde.

Benalgar alzó la cabeza del libro de las «Fundaciones» de Santa Teresa, y clavó en Angelita una larga mirada. El oro antiguo del Ocaso, bañaba la figura de la artista en un resplandor milagrero y augusto. En silencio contempló el aristócrata, ávidamente, aquellos ojos negros, ardientes y rasgados que tenían un brillo, a ratos dominante y a ratos sumiso; aquella frente alta, nobilísima; aquellas mejillas, aplanadas, encendidas en un rubor dulce y sensual; la nariz, graciosamente curvada, los labios delgados, de un rojo fresco y sangrante.

Fuó hasta ella; la abrazó con una apasionada y temblorosa ternura, y murmuró a su oído:

—Estás cada día más hermosa, aunque parezca imposible.

Crujieron las rosas, y algunas, deshojadas, por la fuerza del abrazo, cayeron al suelo, y rodaron, con un apagado susurro.

—Eres muy galante, Javier. Estarás muriéndote y seguirás siendo lo mismo.

—Es que a tu lado no puedo ser de otro modo...

(Se continuará)



## BIBLIOGRAFÍA

**"POESÍA" De José María Pemán: Valladolid, Librería Santarén. 1937.**

La obra de José María Pemán se nos ha ofrecido, a lo largo de su vida literaria, como un descanso amable en los caminos del desierto espiritual que angustiaba nuestros ojos y rendía la fortaleza de los brazos. Cuando en España no quedaba bandera ni gesto, espada ni cuartel, que estuviese, en lucha abierta, el daño de las teorías materialistas, reflejadas, por último, en las más sagradas manifestaciones del espíritu: la poesía, la pintura, la danza, el teatro, el nombre de José María Pemán, alto y milagroso poeta de España, era por sí sólo garantía y aliento de que aún se mantenían en trance de defensa las íntimas energías espirituales de nuestro pueblo.

Un día llegaba con su teatro a la escena, materializada de dramas exóticos, asaeteada de temas sin moral, y nos ofrecía la cantera inexhausta de su *Divino Impaciente*, verbo y acción de la Compañía benemérita de Jesús, brazo de la Iglesia, Verdad de Dios, Camino de la sangre, disciplinada en la severa meditación del Capitán Ignacio de Loyola. Otro día, para cantar la gracia de su tierra blanca y celeste, besada de todos los vientos del Estrecho, esbelta y delgada como las palmeras tetuaníes, nos brindaba—José María Pemán parece como si brindara eternamente la gracia de su pluma—su *Señorita del Mar*, ligera, ancha en el garbo, segura en el andar, firme en el sentido y alegre en la imagen. Otro día sus *Canciones Místicas*, en las páginas de «CAUCES», y así, poniendo la mirada en la tierra y el aliento en los mares, su brazo en la Historia y su palabra en la Guerra, bendiciéndonos los sentidos con el milagro de su verbo, José María Pemán ha ido dejando, camino de la gracia, la galanura de un estilo y la ejecutoria, recia y espléndida, de una obra que a todo resistirá porque está bendita de Dios y asistida de los ángeles.

Pero ya—como en todos los genios definitivamente consagrados por la crítica y el público—afanábamos su obra o el comienzo, al menos, de su obra reunida, alta, para siempre, de línea acabada y perfecta. Una obra que a la síntesis de todo lo alumbrado, uniese la promesa de un futuro sembrarse de nuevo. Afanábamos el libro que todo lo aprieta en sus páginas, el temblor de saber que podíamos tener, al fin, nuestras manos, llenas del sabor de su obra: y nació—para todos—*POESÍA*.

Este nuevo libro del poeta, es una antología en la que, como dicen muy bien sus editores al comienzo de ella, no se ha pretendido hacer una recopilación definitiva y completa de su obra, sino todo aquello que ahora se considera como más representativo de su producción lírica.

Y va, desde los libros primeros del poeta, a su teatro españolísimo, enlazado todo por ese nervio fecundo y ancho de la *Elegía de la Tradición de España*, sustancia y forma del ejemplo de los siglos, en la palabra elegida de Pemán, llamada, desde su alborada elocuentísima, a una elevada misión de cultura y de historia.

Tiene el libro algunos errores tipográficos. Pero ello queda desvaído ante el esfuerzo que supone—en cuanto a la trascendencia futura se refiere—agrupar, dentro de un libro movido por los tiempos de hoy, aquellos poemas que constituyen el símbolo y guión del espíritu pemanista. De todas formas, *POESÍA* nos habla ya de un amplio y definitivo acercamiento al alma del poeta gaditano.

Tracemos, para los que aún no conozcan este libro, las tres líneas generales que sustentan el armazón de *POESÍA*.

Hay una primera línea, más sinuosa, que va del libro *La vida sencilla* a la *Elegía de la Tradición*, con el salto luminoso, - sabor de rueda en la aldea y de canciones en los trigos,—del *Cancionero de la Rueda*, *rueda*, del *Barrio de Santa Cruz* y de la bellísima *Señorita del Mar*. Después entramos de lleno, en el *Canto Libre*—que no conocíamos del todo—y que, a nuestro juicio, es de lo más vigoroso y estético que José María Pemán ha conseguido a lo largo de toda su obra. De los problemas agrupados en este *Canto Libre*, sólo conocíamos el titulado *Clasicismo*, que apareció en nuestras páginas. La introducción al metro libre es definitivamente bella:

*libre y desnudo el pié sobre el rocío,  
iré hacia el Sol, con flores  
en la testuz dorada de mis bueyes  
y en mis labios un canto audaz y nuevo,  
libre mi corazón y el verso libre...*



Después, *Mediodía*, luminoso, ancho, robusto poema transparente, intacto, casi de cristal: Oid, al leerlo, la música interior - íntima - de estos versos:

*Era  
la perfección serena y concluida  
de las doce sin nubes.  
Domingo del descanso  
del Señor, en la nueva  
creación de cada día.*

Y estos otros:

*Adoro los cipreses porque son,  
como tu cuerpo, conjunción suprema  
de arquitectura y música.*

La forma está, en todos ellos, perfectamente lograda. Pero lo más alto—y que nos alegra a quienes, como nosotros, hemos seguido siempre, con permanencia de vigilia y afanes de estímulos, toda la vida literaria de Pemán—es el vigor, la energía, la fuerza, de un dinamismo rotundo. Se afilan las palabras, y los versos, enlazados en la luz, quedan levantados en el pensamiento, como una lanza silbante en el silencio: y nos quedamos después, oyéndolos, en el recato dulce y tibio de la intimidad, en que se siente la alegría de verse interpretado por una voz amiga.

*Alma: eleva tu antifona solemne  
a compás con el Cuerpo.*

Con sus cinco rosas abiertas para el ara y cinco liras para el canto. Cierra el libro, varios sonetos clásicos, algunas traducciones y homenajes a Paul Valéry, Andrés Bly, Gabriel D'Annunzio y Anna da Noailles.

Saludemos—desde la cumbre más alta—la llegada de esta primera antología del dramaturgo español, ofreciéndole nuestras gracias mejores por las líneas afectuosas con que nos ha enviado «*POESÍA*».

Luis DE BARJA

**ACUSE DE RECIBO:** Hemos recibido últimamente el poema «De la Secreta Esperanza», original del escritor malagueño, teniente de Artillería, Carlos Rodríguez Spiteri, del que nos ocuparemos en nuestro próximo número.

En breve iniciará su colaboración en «CAUCES» el destacado artista Diego Mullor, que nos ha remitido unos bellísimos dibujos marroquíes para un artículo de nuestro buen amigo Benjamín Ramos García.

Por falta de espacio aplazamos para nuestro número próximo la publicación de la crítica titulada «En torno a un nuevo libro de Romances», acerca del último publicado por el poeta castellano N. Sanz y Ruiz de la Peña.



**Talleres Tipográficos**

**M. MARTIN**

**José L. Díez, 7. - Telf. 1259 - Jerez**

Encargando sus trabajos a estos talleres, quedará Vd. satisfecho de la calidad y economía que encontrará en los mismos.



**Yo la he bebío,  
la mejón manzanilla  
y iolé!,  
la de «El Rocío».**

**Yo la he bebío,  
la mejón manzanilla  
y iolé!,  
la de «El Rocío».**

**Vda. de R. Manjón**

**Sanlúcar de Barrameda**

**PRÓXIMAMENTE APARECERÁ**

**“EL LIBRO DE LAS CRÓNICAS”**

**POR**

**Francisco Montero Galvache y José de las Cuevas**

**VOLUMEN I**

**DE EDICIONES**

**“CAUCES”**



## NUEVA INDUSTRIA JEREZANA

Fábrica de Cápsulas y Tubos Metálicos "SAN PEDRO"

CHACON y Compañía

Primera Fábrica Andaluza de Productos de Plomo y  
Estaño, montada con los adelantos más modernos de  
la técnica. - - - - -

Fábrica y Oficinas: Méndez Núñez, 8. - Telf. 1928

MANUEL FERNANDEZ Y C.<sup>A</sup>, S. L.

ESPECIALIDADES AMONTILLADO VICTORIA - COÑAC PLUS ULTRA  
JEREZ QUINA DEL RAMO

JEREZ DE LA FRONTERA

J. FIALLO

Trabajos fotográficos de todas clases.  
La más visitada. - - - - -  
- - - - - Taller para Aficionados.

SANTA MARÍA, 15. JEREZ

E. RIVELOTT

Tapones CORONA

Precintaje en general

General Sánchez Mira, 25. JEREZ

M. A. P. F. R. E.

SEGUROS

JEREZ DE LA FRONTERA

En breve:

"3 estampas místicas de San Juan de la Cruz"

por JOSÉ DE LAS CUEVAS



Algo de nuestro próximo número  
en honor del CAUDILLO

NUESTRO MENSAJE.

TRES SONETOS A FRANCO . . . . .	F. DE LOS RÍOS Y GUZMÁN.
DEL EXACTO AMANECER DE ESPAÑA.	SEBASTIÁN SOUVIRÓN.
SALMO DE GRATITUD . . . . .	MIGUEL MARTÍNEZ DEL CERRO.
EXALTACIÓN DEL ALMIRANTE . . . . .	FRANCISCO GÓMEZ DE TRAVECEDO.
FRANCO, VIGÍA . . . . .	LUIS SUÁREZ.
ÉL Y NOSOTROS. . . . .	M. BARROSO HERNÁNDEZ.
LA VOZ DE ÁFRICA. . . . .	CAÍD BERAKÍN.
VISIÓN HISPANO-ÁRABE DE FRANCO .	BENJAMÍN RAMOS GARCÍA.
EL MENSAJE DE LAS HADAS. . . . .	JOSÉ MARÍA PEMÁN.
NUESTRA PÁGINA DE HONOR . . . . .	PALABRA Y GESTO.
EL CAUDILLO, CAPITÁN DE ESPAÑA .	JOSÉ SANZ Y DÍAZ.
EXALTACIÓN DE LA NOCHE DE JULIO.	FRANCISCO MONTERO GALVACHE.
SÍMBOLO Y VIRTUD DE FRANCO . . . .	PEDRO MONTERO.
FRANCO, EN EL LLANO AMARILLO . .	JOSÉ DE LAS CUEVAS.

FOTOGRAFÍAS. DIBUJOS  
DE MULLOR Y MIRANDA.

Y OTROS TRABAJOS DE:  
PÉREZ CLOTET, POMAR,  
MIRANDA, ADRIANO DEL  
VALLE, ESTEFANÍA, VI-  
- - - LLARÍN. - - -

# VINO DE HÉROES

---

---

---





**PARA EXCELENCIA GONZÁLEZ BYASS**